

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO

Oscar Wilde



Oscar Wilde

La importancia de llamarse Ernesto

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
05-08-2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-229-6

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
05-08-2019

COMEDIA FRIVOLA PARA GENTE SERIA EN TRES ACTOS

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
05-08-2019

PERSONAJES

JUAN GRESFORD.
ARCHIBALDO MONCRIEFF.
EL REVERENDO CANÓNIGO ASCOT.
ANSELMO, *mayordomo*.
ESTEBAN, *criado*.
LADY BRACKNELL.
SUSANA.
CECILIA.
MISS PRISM, *institutriz*.

ACTO PRIMERO.- Un saloncito en casa de Archibaldo Moncrieff,
Half- Moon Street, Londres (W).

ACTO SEGUNDO- Jardín de la quinta de Juan Gresford, Woolton.

ACTO TERCERO. - Saloncito en casa de Juan Gresford.

ÉPOCA ACTUAL

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
05-08-2019

ACTO PRIMERO

Un saloncito en casa de Archibaldo, amueblado lujosa y artísticamente. Óyese un piano dentro. Esteban, arreglando todo para el té en una mesita y, después que cesa la música, Archibaldo.

ARCHIBALDO.- ¿Oíste lo que estaba tocando. Esteban?

ESTEBAN.- No me pareció correcto escuchar, señorito.

ARCHIBALDO.- Lo siento por ti. No es que yo tenga mucha ejecución, no - esto está al alcance de todo el mundo-; pero, en cambio, toco con una expresión... Sí, mi fuerte en el piano es el sentimiento. La ciencia la guardo para la vida.

ESTEBAN.- Sí, señorito.

ARCHIBALDO.- Y ya que hablamos de la ciencia y de la vida, ¿te has acordado de preparar los *sándwichs* de pepino para lady Bracknell?

ESTEBAN.- (*Presentándole una fuente.*) Sí, señorito.

ARCHIBALDO.- (*Inspeccionándola, coge dos y se sienta en el sofá.*) ¡Ah!... A propósito, Esteban: he visto en tu agenda que el jueves por la noche, cuando vinieron a cenar lord Shoreman y mister Gresford, se consumieron ocho botellas de *champagne*.

ESTEBAN.- Sí, señorito; ocho botellas y media.

ARCHIBALDO.- ¿Por qué será que en todas las casas de solteros son tan aficionados al *champagne* los criados? Lo pregunto solamente a título de curiosidad.

ESTEBAN.- Yo lo atribuyo a la buena calidad del vino, señorito. He observado una porción de veces que en casa de los hombres casados raramente es de primera el *champagne*.

ARCHIBALDO. - ¡Caramba! ¿Tan desmoralizador es el matrimonio?

ESTEBAN.- A mí me parece un estado muy agradable, señorito. Claro que yo, hasta el presente, apenas lo he experimentado. No he estado casado más que una vez. Fue de resultas de una equivocación que tuvimos una joven y yo...

ARCHIBALDO.- (*Displicentemente.*) No creo que me interese gran cosa tu vida doméstica, Esteban.

ESTEBAN.- Verdad, señorito. No tiene nada de interesante. Yo nunca pienso en ella.

ARCHIBALDO.- Es natural. Bueno, Esteban; puedes retirarte. (ESTEBAN *saluda y sale.*) Las ideas de Esteban sobre el matrimonio me parecen un tanto relajadas. Y, realmente, si las clases inferiores no nos dan un buen ejemplo, ¿para qué demonios sirven? Lo que es como clase, me parece que no tiene el menor sentido de responsabilidad moral.

(*Entra ESTEBAN.*)

ESTEBAN. - ¡Mister Ernesto Gresford!

(*Entra GRESFORD. Sale ESTEBAN.*)

ARCHIBALDO.- ¿Cómo te va, querido Ernesto? ¿Qué te trae a Londres?

GRESFORD. - ¡Oh, nada; el divertirme un poco! Lo que trae a todo el mundo. Siempre comiendo, ¿eh?

ARCHIBALDO.- (*Con cierta sequedad.*) Me parece que es costumbre en la buena sociedad comer algo a las cinco. ¿Dónde has estado desde el jueves?

GRESFORD.- (*Sentándose en el sofá.*) En el campo.

ARCHIBALDO.- ¿Y qué diablos haces allí?

GRESFORD. - (*Quitándose los guantes.*) Cuando uno está en Londres, se divierte. Cuando está en el campo, divierte a los demás. Una cosa bastante aburrida, te lo aseguro.

ARCHIBALDO.- ¿Y qué gente es ésa a quien diviertes?

GRESFORD. - (*Con un gesto de indiferencia.*) ¡Oh, vecinos, vecinos!

ARCHIBALDO.- ¿Y has encontrado vecinos agradables?

GRESFORD.- ¡Lamentable! No me trato con ninguno.

ARCHIBALDO.- ¡Pues sí que debes divertirles! (*Levantándose y cogiendo otro sandwich.*) A propósito: ¿tu finca está en Shropshire, verdad?

GRESFORD.- ¿Cómo en Shropshire? ¡Ah, sí, sí! ¡Naturalmente! Pero, oye, ¿por qué todas esas tazas? ¿Y esos *sandwichs* de pepino? ¿A qué tanto derroche? ¡Qué barbaridad! ¿A quién esperas para el té?

ARCHIBALDO.- Pues, simplemente, a mi tía Augusta y a Susana.

GRESFORD. - ¡Hombre, magnífico!

ARCHIBALDO.- Sí, todo lo magnífico que quieras; pero me temo que a tía Augusta no le agrada demasiado tu presencia.

GRESFORD.- ¿Y por qué no le va agradar?

ARCHIBALDO. - Hijo, tu manera de hacer el amor a Susana es calamitosa. Casi tan calamitosa como la manera que tiene Susana de hacerte el amor a ti.

GRESFORD. - Estoy enamorado de Susana. He venido a Londres expresamente para declararme a ella.

ARCHIBALDO.- ¿No me dijiste que habías venido a divertirte? ¡Eso es venir a negocios!

GRESFORD. - ¡Cuidado que eres prosaico!

ARCHIBALDO. - No veo que el declararse tenga nada romántico. El estar enamorado sí que es romántico; extraordinariamente romántico. ¡Pero el declararse! ¿No has pensado en que pueden decirle a uno que sí? Y casi siempre se lo dicen. Y entonces, ¡adiós interés! La esencia misma del romanticismo es la incertidumbre. Lo que es si alguna vez me caso, haré todo lo posible por olvidarlo.

GRESFORD.- No lo dudo. El divorcio se inventó precisamente para las personas de memoria tan flaca.

ARCHIBALDO. - Bueno; ¿a qué discutirlo? Los divorcios se hacen en el cielo... (GRESFORD *alarga la mano para coger un sándwich.* ARCHIBALDO *interviene enseguida.*) No, no; ten la bondad de no tocar los *sandwichs* de pepino. Los han preparado especialmente para la tía Augusta. (*Coge uno y se lo come.*)

GRESFORD. - ¡Pero tú bien te lo comes!

ARCHIBALDO.- ¡Ah, es muy distinto! Es mi tía. (*Ofreciéndole otra fuente.*) Toma, aquí tienes pan con mantequilla. El pan con

mantequilla es para Susana. Susana es aficionadísima al pan con mantequilla.

GRESFORD.- (*Acercándose a la mesa y sirviéndose él mismo.*) Y le alabo el gusto.

ARCHIBALDO.- Sí, pero no vayas a comértelo todo. ¿Sabes que parece como si ya estuvierais casados? Y todavía no lo estáis; ni lo estaréis nunca, probablemente.

GRESFORD.- ¿Por qué lo dices?

ARCHIBALDO.- ¡Caramba! En primer lugar, las muchachas no se casan nunca con el hombre con quien flirtean. No lo encuentran decoroso.

GRESFORD.- ¡Valiente tontería!

ARCHIBALDO.- No hay tal. Es una verdad de a folio. Esto explica la abundancia de solteros que se ven en todas partes. En segundo lugar, yo no doy mi consentimiento.

GRESFORD.- ¿Tu, consentimiento?

ARCHIBALDO.- Querido Ernesto, Susana es prima hermana mía. Y antes de consentir en tu casamiento con ella tienes que ponerme en claro la cuestión de Cecilia. (*Llama al timbre.*)

GRESFORD.- ¿De Cecilia? ¿Qué quieres decir? ¿Qué significa eso de Cecilia, Archibaldo? No conozco a nadie que se llame Cecilia.

(*Entra ESTEBAN.*)

ARCHIBALDO.- Trae la pitillera que mister Gresford se dejó olvidada la otra noche en el *fumoir*.

ESTEBAN.- Enseguida, señorito. (*Sale.*)

GRESFORD.- ¿Eso quiere decir que has tenido mi pitillera todo ese tiempo sin decirme una palabra? Bien podías haberme avisado. Me habrías ahorrado unas cuantas cartas furibundas a la Dirección de Seguridad. Como que ya estaba a punto de ofrecer una crecida gratificación.

ARCHIBALDO.- ¡Hombre, haberlo dicho! Precisamente me encuentro casi seco.

GRESFORD.- Sí; pero una vez encontrada, ya no tiene objeto. (*Entra ESTEBAN con la pitillera sobre una bandeja. ARCHIBALDO se apodera de ella inmediatamente. Sale ESTEBAN.*)

ARCHIBALDO.- No te ocultaré, querido Ernesto, que es una roñosería indigna de ti. (*Abriendo la pitillera y examinándola.*) Por otra parte, lo mismo da, pues ahora que veo la inscripción que hay aquí dentro caigo en la cuenta de que este objeto no te pertenece.

GRESFORD.- ¿Cómo que no me pertenece? (*Dirigiéndose hacia él.*) Tú me lo has visto en las manos un sinfín de veces, y no tienes el menor derecho a leer lo que hay escrito dentro. Es indigno de un caballero leer una pitillera privada.

ARCHIBALDO. - ¡Bah, bah! Lo absurdo es tener una regla fija sobre lo que debe y no debe leerse. Más de la mitad de la cultura moderna depende de lo que no debería leerse.

GRESFORD.- Ya lo sé, y no entra en mis intenciones discutir sobre la cultura moderna. No es un tema para hablar en la intimidad. Lo único que necesito es mi pitillera.

ARCHIBALDO.- Sí; pero esta pitillera no es tuya. Esta pitillera es de alguien que se llama Cecilia, y tú me has dicho que no conoces a nadie de ese nombre.

GRESFORD. - Bueno; pues ya que te empeñas, te diré que esa Cecilia es una tía mía.

ARCHIBALDO.- ¡Una tía tuya!

GRESFORD. - Sí... Y una señora encantadora... Vive en Tunbridge Wells... Ahora, ten la bondad de devolverme esa pitillera.

ARCHIBALDO.- (*Batiéndose en retirada hasta parapetarse detrás del sofá.*) Pero, ¿por qué se llama a sí misma la pequeña Cecilia, si es tía tuya y vive en Tunbridge Wells? (*Leyendo.*) “Recuerdo de la pequeña Cecilia, con todo su cariño.”

GRESFORD.- (*Dirigiéndose hacia el sofá y arrodillándose en él.*) Bueno; ¿y qué encuentras en ello de particular? ¿Es que todas las tías van a ser grandes? También las hay pequeñas... Tú te figuras que todas las tías tienen que ser como la tuya. ¡Es absurdo! ¡Anda, ten la bondad de devolverme la pitillera! (*Persiguiendo a ARCHIBALDO por la habitación.*)

ARCHIBALDO.- Sí. Pero ¿por qué tu tía te llama aquí tío suyo? “Recuerdo de la pequeña Cecilia, con todo su cariño, a su querido tío Juan.” Comprendo que no hay nada que impida a una tía ser pequeña; pero que una tía, sea del tamaño que sea, llame tío a su

propio sobrino, es cosa para mí ininteligible. Además, tú no te llamas Juan, sino Ernesto.

GRESFORD.- No, señor; yo no me llamo Ernesto; me llamo Juan.

ARCHIBALDO.- Tú siempre me has dicho que te llamabas Ernesto. Yo te he presentado a todo el mundo como Ernesto. Tú respondes al nombre de Ernesto. Es completamente absurdo que niegues llamarte Ernesto. En tus tarjetas está. (*Sacando una de su cartera.*) "ERNESTO GRESFORD, Albany, 4". La conservaré como prueba de que tu nombre es Ernesto, si alguna vez tratas de negármelo, a mí, o a Susana, o a quien sea. (*Se guarda la tarjeta en el bolsillo.*)

GRESFORD. - Bueno, sea; me llamo Ernesto en Londres y Juan en el campo; y esa pitillera me la regalaron en el campo. ¿Estás ya satisfecho?

ARCHIBALDO.- Sí; pero eso no explica lo más mínimo que tu pequeña Cecilia, que vive en Tunbridge Wells, te llame querido tío. Créeme: harías mejor en desembucharlo todo de una vez.

GRESFORD. - ¡Querido, estás hablando como un sacamuelas, cosa vulgarísima cuando no se es un sacamuelas! Te aseguro que causa mala impresión.

ARCHIBALDO. - Como la causan siempre los sacamuelas. Pero, te lo repito: harías bien en confesarme la verdad. Te advierto que hace ya tiempo que abrigaba la sospecha de que eras un consumado bunburysta en secreto; y ahora no me cabe la menor duda.

GRESFORD. - ¿Un bunburysta? ¿Qué demonios quieres decir con eso de bunburysta?

ARCHIBALDO.- Te revelaré el sentido de esa incomparable expresión, en cuanto tengas la bondad de explicarme por qué te llamas Ernesto en Londres y Juan en el campo.

GRESFORD. - Bueno; pero dame antes la pitillera.

ARCHIBALDO. - Aquí la tienes. (*Entregándosela.*) Ahora, venga la explicación, y procura que no sea inverosímil. (*Se sienta en el sofá.*)

GRESFORD.- Hijo mío, mi explicación no tiene nada de inverosímil. No puede ser más sencilla. El difunto mister Thomas Morris me adoptó cuando yo era un niño, y me nombró en su testamento tutor de su nieta Cecilia. Ésta, que por motivos de respeto que tú eres incapaz de comprender, me llama tío vive en el campo, con su admirable institutriz miss Prism.

ARCHIBALDO.- ¿Sí?... ¿Y en qué sitio viven, puede saberse?

GRESFORD.- Te advierto que no pienso incitar a que nos hagas una visita... Lo que sí puedo decir con toda franqueza es que no viven por Shropshire

ARCHIBALDO. - ¡Lo sospechaba! En dos ocasiones distintas he bunburizado todo Shropshire... Per continúa: ¿Por qué te llamas Ernesto en Londres y Juan en el campo?

GRESFORD.- No sé si tú eres capaz de comprender mis verdaderos motivos. No eres persona bastante seria. Cuando se es tutor no hay más remedio que adoptar una actitud moral severísima. Es un deber imprescindible. Pero como una actitud moral tan estricta no deja de ser un tanto nociva al humor y la salud, con el fin de poder venir a Londres sin dar lugar a hablillas, he inventado un hermano menor llamado Ernesto, que vive aquí, y cuyas continuas calaveradas me obligan a intervenir con frecuencia. Ésta es la verdad, pura y simple.

ARCHIBALDO.- La verdad rara vez es pura y nunca simple. Afortunadamente. La vida moderna ser aburridísima, y la literatura moderna completamente imposible.

GRESFORD. - ¡Eso iríamos ganando!

ARCHIBALDO.- La crítica literaria no es tu fuerte querido. No te dediques a ella. Hay que dejarlo a los analfabetos. ¡Lo hacen tan bien en los periódico! Tú lo que eres es un bunburysta. Tenía absoluta razón al calificarte de bunburysta. Eres uno de los bunburystas más aprovechados que conozco.

GRESFORD.- Pero ¿qué demonios quieres decir con eso de bunburysta?

ARCHIBALDO.- Tú has inventado un hermano menor utilísimo, llamado Ernesto, a fin de poder venir a Londres cuando se te antoje, ¿verdad? Pues yo, a fin de poder ausentarme de Londres, cuando me venga la gana, he inventado un amigo llamado Bunbury, que vive en el campo y está enfermísimo. ¡Ah! Bunbury es un hombre inapreciable. Si no fuese por los continuos achaques de Bunbury, no me sería posible, por ejemplo, cenar contigo esta noche, pues hace más de una semana que le había prometido a tía Augusta cenar hoy con ellos.

GRESFORD.- Sí, pero yo no te he invitado a cenar esta noche, que yo sepa.

ARCHIBALDO.- Ya lo sé. A ti no se te ocurren nunca esas delicadezas. Y haces mal. No hay nada que moleste tanto a las gentes como el que no se las invite.

GRESFORD. - Harías mucho mejor en cenar con tu tía Augusta.

ARCHIBALDO.- De ningún modo. En primer lugar, ya cené con ella el lunes, y una vez por semana es más que de sobra para cenar con los parientes. En segundo, siempre que como allí, me tratan realmente como de la familia, y me colocan en el peor sitio de la mesa, sin ninguna señora al lado, o entre dos, que es casi peor. En tercer lugar, ya sé quién me tocará de vecina esta noche. Seguramente, Mary Farquhar, que se pasa la comida coqueteando con su marido de un extremo a otro de la mesa. Cosa, como supondrás, nada agradable. Y casi me atrevería a decir que poco decente. Sin embargo, parece que la plaga va en aumento. Es escandaloso el número de señoras casadas que coquetean con su marido. No está bien. Eso es como lavar en público la ropa limpia... Además, ahora sé que eres un bunburysta declarado, deseo hablar contigo de bunburysmo. Quiero enseñarte las reglas.

GRESFORD.- Perdona; pero yo no tengo nada de bunburysta. Si Susana me dice que sí, estoy resuelto a matar a mi hermano. Y aunque me diga que no. Cecilia empieza a interesarse demasiado por él. Y ya empiezo a cansarme del tal Ernesto. Te aconsejo que hagas lo propio con ese.... con ese amigo achacoso de nombre tan absurdo.

ARCHIBALDO.- Por nada del mundo romperé yo con Bunbury; y tú mismo, algún día, si llegas a casarte, cosa que me parece sumamente problemática, te alegrarás de conocer a Bunbury. Un hombre que se casa sin conocer a Bunbury está perdido.

GRESFORD. - ¡Majaderías! Si me caso con una muchacha tan encantadora como Susana - y hasta ahora es la única muchacha que he conocido con quien me casaría-, te aseguro que no necesitaré lo más mínimo conocer a Bunbury.

ARCHIBALDO. - Entonces lo necesitará tu mujer. Parece que no comprendes que en la vida conyugal tres es compañía, y dos no.

GRESFORD.- (*Sentenciosamente.*) Ésa es la teoría corruptora que el moderno teatro francés ha venido propalando en los últimos cincuenta años.

ARCHIBALDO.- Sí; y cuya verdad han demostrado las buenas familias inglesas en la mitad de ese tiempo.

GRESFORD. - ¡Por amor de Dios, no quieras ser cínico! Es muy fácil.

ARCHIBALDO.- Hoy, hijo mío, no hay nada más fácil. Para todo hay competencia, una competencia estúpida. (*Se oye sonar un timbre.*) Ésa debe de ser tía Augusta. Únicamente los parientes o los acreedores llaman de ese modo wagneriano. Oye, si consigo llevármela de aquí diez minutos, para que puedas declararte a Susana, ¿me convidarás a cenar esta noche?

GRESFORD. - Hombre, si te empeñas...

ARCHIBALDO.- Sí; pero no vayas luego a faltar a tu palabra. Mira que estas cosas de comida son muy serias.

(*Entra ESTEBAN.*)

ESTEBAN, LADY BRACKNELL Y MISS SUSANA

(ARCHIBALDO *se adelanta al encuentro de ellas. Entran LADY BRACKNELL Y SUSANA.*)

LADY BRACKNELL. - Buenas tardes, Archibaldo, espero que continuarás portándote bien.

ARCHIBALDO.- Sí, me siento perfectamente, tía Augusta.

LADY BRACKNELL.- Que no es lo mismo. Claro es que casi nunca van juntas ambas cosas. (*Advirtiendo la presencia de GRESFORD, le hace una inclinación de cabeza glacial.*)

ARCHIBALDO.- (A SUSANA.) ¡Estás elegantísima, prima!

SUSANA.- Como siempre, ¿verdad, mister Gresford?

GRESFORD. - Verdad. Es usted perfecta.

SUSANA. - ¡Ay, no! No me quite usted las esperanzas. Espero todavía progresar en muchos sentidos. (SUSANA y GRESFORD *van a sentarse juntos en un rincón.*)

LADY BRACKNELL. - Siento el retraso, Archibaldo; pero no tuve más remedio que ir a casa de la pobre lady Harbury. Desde que se murió su marido no había ido por allí. En mi vida he visto una mujer tan cambiada; parece veinte años más joven. Ahora ten la bondad de darme una taza de té y uno de esos deliciosos *sándwichs* de pepino que me prometiste.

ARCHIBALDO.- Enseguida, tía Augusta. (*Se dirige a la mesa del té.*)

LADY BRACKNELL.- ¿Quieres venir a sentarte aquí, Susana?

SUSANA. - Gracias, mamá. Estoy aquí perfectamente.

ARCHIBALDO.- (*Alzando con ademán de espanto la fuente vacía.*)

¡Cielos!... ¡Esteban! ¿Dónde están los *sandwichs* de pepino? ¿No te los encargué especialmente?

ESTEBAN. - (*Con gran aplomo.*) No he encontrado pepinos en el mercado esta mañana, señorito. Y eso que fui dos veces.

ARCHIBALDO.- ¿Qué no encontraste pepinos?

ESTEBAN.- No, señorito. Ni siquiera pagando contado.

ARCHIBALDO. - Bien, bien, Esteban. Puedes retirarte. (*ESTEBAN saluda y sale.*) Siento infinito, tía Augusta, que no hubiera pepinos, ni siquiera pagando al contado.

LADY BRACKNELL.- No importa. Tomé algunos pastelillos en casa de lady Harbury, y me parece no pensar ya más que en pasarlo lo mejor posible.

ARCHIBALDO.- Me han dicho que se le ha pues el pelo completamente rubio de dolor. (*Alargándole una taza de té.*)

LADY BRACKNELL. - Gracias; te he preparado una sorpresa agradable para esta noche, Archibaldo. Pienso colocarte junto a Mary Farquhar. Es mujer preciosa, ¡y tan enamorada de su marido! Da gusto observarlos.

ARCHIBALDO. - Temo, tía Augusta, verme obliga a renunciar al placer de cenar con ustedes es noche.

LADY BRACKNELL. - (*Frunciendo el ceño.*) Espero que no, Archibaldo. Me estropearías la cena. Tu tío tendría que irse a comer a sus habitaciones. Claro que, afortunadamente, ya está acostumbrado.

ARCHIBALDO.- Lo siento infinito, tía; puede usted estar segura; pero el caso es que acabo de recibir un telegrama diciéndome que mi pobre amigo Bunbury a vuelto a recaer y se encuentra gravísimo.

(*Cambiando una mirada con GRESFORD.*) No voy a tener más remedio que ir. ¡Qué se le va hacer!

LADY BRACKNELL.- La verdad es que ese mister Bunbury tiene una salud imposible.

ARCHIBALDO.- Sí; el pobre Bunbury es el rigor de las desdichas.

LADY BRACKNELL. - Pero me parece que ya es hora de que se decida a ponerse bueno o morirse de una vez. Esa irresolución es absurda. Ni se debe abusar tanto del prójimo. Te agradecería le suplicas a mister Bunbury de mi parte que tenga la bondad de no ponerse peor el sábado próximo, pues cuento contigo para organizar mi concierto. Es mi última recepción, y necesito algo que anime la conversación, sobre todo ahora que estamos al final de la temporada y ya la gente ha dicho todo lo que tenía que decir, que en la mayor parte de los casos no debía ser mucho.

ARCHIBALDO.- Se lo diré a Bunbury, tía Augusta, si es que aún no ha perdido el conocimiento, y creo poder ofrecerle a usted que no tendrá ninguna recaída el sábado. Claro que eso de la música no deja de presentar sus dificultades. Mire usted, si se toca buena música, la gente no escucha, y si se toca música mala, la gente no habla. Pero si quiere usted acompañarme un momento a la habitación de al lado, le enseñaré el programa que se me ha ocurrido, y acabaremos de confeccionarlo.

LADY BRACKNELL. - Gracias, Archibaldo, gracias. (*Levantándose y siguiendo a ARCHIBALDO.*) Estoy segura de que, en cuanto lo expurguemos un poco, quedará un programa delicioso. Desde luego, nada de canciones francesas. La gente se figura siempre que son inconvenientes, y se da por ofendida, lo que es bastante vulgar, o no para de reírse, que es todavía peor. En cambio, el alemán suena a idioma respetable; y debe de serlo. Susana, ten la bondad de seguirme.

SUSANA.- Enseguida, mamá.

(*LADY BRACKNELL y ARCHIBALDO pasan al saloncito de música.
SUSANA se queda rezagada.*)

GRESFORD.- Qué día tan hermoso, ¿verdad?

SUSANA. - ¡No irá usted a hablarme del tiempo mister Gresford! En cuanto una persona me habla del tiempo que hace, estoy segura de que lleva otra intención. Y me pongo nerviosísima.

GRESFORD.- Y yo llevo otra intención.

SUSANA.- Ya me lo figuraba. Yo nunca me equivoco.

GRESFORD.- Y pienso aprovechar la ausencia temporal de lady Bracknell...

SUSANA.- Hará usted bien. Mamá tiene un modo de volver a entrar súbitamente que más de una vez he tenido que llamarle la atención.

GRESFORD. - Susana, desde que la vi a usted la admiré más que a ninguna de las mujeres que he conocido desde... que la conocí a usted.

SUSANA.- Sí, lo sé. Y ojalá que hubiese estado usted un poco más expresivo; en público, por lo menos. Siempre tuvo usted para mí un atractivo irresistible. Aun sin conocerle estaba usted lejos de serme indiferente. (GRESFORD *la mira estupefacto.*) Vivimos, como supongo sabrá usted, mister Gresford, en un siglo de ideales. Al menos, así nos lo repiten de continuo los poetas. Pues bien; mi idea ha sido siempre querer a un hombre que se llamas Ernesto. ¡Ernesto! No sé qué tiene este nombre, que me fascina. Desde el momento en que Archibaldo me dijo que tenía un amigo que se llamaba Ernesto comprendí que estaba destinada a quererle a usted.

GRESFORD.- ¿Pero realmente me quiere usted?

SUSANA. ¡Con pasión!

GRESFORD.- ¡Amor mío! No sabe usted lo feliz que me hace.

SUSANA. - ¡Mi Ernesto!

GRESFORD.- Pero no querrá usted decir que si mi nombre no fuese Ernesto no podrá usted quererme, ¿verdad?

SUSANA.- Pero usted se llama Ernesto.

GRESFORD.- Sí, lo sé. Pero, suponiendo que no me llamase, ¿iría usted a dejarme de querer por eso?

SUSANA. - ¡Ah!, eso es ya una especulación metafísica y, como la mayoría de las especulaciones metafísicas, no tiene nada que ver con los hechos de la vida real, tal como los conocemos.

GRESFORD.- Pues a mí, querida Susana, a decir verdad, confieso que me tiene sin cuidado llamarme Ernesto... Es más: no creo que

el nombre acaba de sentarme.

SUSANA.- ¿Cómo que no? Le sienta a usted perfectamente. Es un nombre divino. ¡Tiene una música!...

GRESFORD.- Pues yo encuentro que hay una porción de nombres muchos más bonitos. Juan, por ejemplo, es un nombre precioso.

SUSANA.- ¿Juan?... ¡Oh, no! No tiene la menor música. He conocido varios Juanes, y todos, sin excepción, eran vulgarísimos. No; el único nombre posible es Ernesto. ¡Ernesto!

GRESFORD. - Susana, es preciso que vaya a bautizarme inmediatamente..., quiero decir, es preciso que nos casemos inmediatamente.

SUSANA. - ¿Casarnos, mister Gresford?

GRESFOR.D.- (*Desconcertado.*) ¡Pues naturalmente!... Usted sabe que la quiero, y también usted me ha dado a entender que no le soy completamente indiferente...

SUSANA.- ¿Cómo indiferente? ¡Le adoro a usted! Pero usted todavía no se me ha declarado, no me ha dicho una palabra de casamiento.

GRESFORD.- Bueno... ¿Le parece a usted entonces que me declare ahora?

SUSANA. - Me parece una ocasión excelente. Y para evitarle toda posible desilusión, mister Gresford, me creo en el deber de confesarle francamente, de antemano, que estoy resuelta a decirle que sí.

GRESFORD. - ¡Susana!

SUSANA.- Ahora puede usted empezar, mister Gresford. (*Un momento de silencio.*) Vamos, ¿no tiene usted nada que decirme?

GRESFORD.- Lo que tengo que decirle, usted lo sabe.

SUSANA.- Sí; pero usted no lo dice.

GRESFORD. - (*Arrodillándose.*) Susana, ¿quiere usted ser mi mujer?

SUSANA. - ¡Naturalmente que quiero, Ernesto! ¡Cuidado que ha tardado usted tiempo en decirlo! Me parece que, en cuestión de declaraciones, debe usted de tener muy poca experiencia.

GRESFORD.- Usted es la única mujer a quien he querido en el mundo, Susana.

SUSANA. - Sí; pero los hombres se declaran muchas veces para practicar. Yo sé que mi hermano Gerardo lo hace. Todas mis amigas me lo han dicho... ¡Qué ojos azules tan maravillosos tiene usted, Ernesto! Son completamente, completamente azules. Espero que siempre me mirará usted así, ¿eh? Sobre todo cuando haya gente delante.

(*Entra LADY BRACKNELL.*)

LADY BRACKNELL.- ¡Mister Gresford! ¡Levántese usted, caballero, de esa postura que me atreveré a calificar de indecorosa!

SUSANA. - ¡Mamá! (*GRESFORD trata de levantarse; ella se lo impide.*) Te agradeceré que te retires. Éste no es tu sitio. Además, mister Gresford no ha terminado.

LADY BRACKNELL.- ¿Terminado el qué?

SUSANA.- Mamá, mister Gresford y yo tenemos relaciones. (*Ambos se levantan.*)

LADY BRACKNELL.- Perdón; tú no tienes relaciones con nadie. Cuando llegue el caso yo, o tu padre, si su salud se lo permite, nos encargaremos de comunicártelo. Ésas son cosas que no se pueden dejar al capricho de las muchachas. El noviazgo debe ser siempre una especie de sorpresa, agradable o desagradable, según las circunstancias... Ahora tengo que hacer unas cuantas preguntas a mister Gresford; de modo que ve a esperarme abajo, en el coche.

SUSANA. - (*En tono de reproche.*) ¡Mamá!

LADY BRACKNELL.- ¡Al coche he dicho! (*SUSANA se dirige hacia la puerta. GRESFORD y ella se tiran besos con la punta de los dedos a espaldas de LADY BRACKNELL. Esta mira vagamente en torno suyo, como si no pudiera darse cuenta de qué ruido es aquél. Al fin se vuelve hacia ellos.*) ¡Al coche, Susana!

SÚSANA.- Sí, mamá, sí. (*Sale volviendo la cabeza para mirar a GRESFORD.*)

LADY BRACKNELL. - (*Sentándose.*) Puede usted sentarse, mister Gresford. (*Saca del bolsillo un cuadernito y un lápiz.*)

GRESFORD. - Gracias, lady Bracknell; prefiero estar de pie.

LADY BRACKNELL. - (*Cuadernito y lápiz en mano.*) Debo decirle que no figura usted en mi lista de pretendientes elegibles, y eso que

tengo la misma lista que la duquesa de Bolton. Como que puede decirse que trabajamos juntas. Sin embargo, no tengo inconveniente en apuntarle a usted, si sus respuestas son las que una madre que se preocupa de la felicidad de su hija tiene derecho a exigir. Vamos a ver: ¿fuma usted?

GRESFORD.- Sí, debo confesar que fumo.

LADY BRACKNELL.- Lo celebro. Todos los hombre deben tener alguna ocupación, sea cual sea. Hay demasiada gente ociosa en Londres. ¿Qué edad tiene usted?

GRESFORD. - Veintinueve años.

LADY BRACKNELL.- Una edad excelente para contraer matrimonio. Yo siempre he sido, de opinión de que un hombre que piensa en casarse debería conocerlo todo, o nada. ¿En qué caso está usted?

GRESFORD.- *(Después de un momento de vacilación.)* Yo..., no conozco nada, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL.- Lo celebro también. ¡No hay nada como la ignorancia natural! Esas teorías modernas sobre la educación son de lo más pernicioso. Claro que la educación no hace muchos estragos que digamos, en Inglaterra. Felizmente para la clases altas. Bueno, ¿qué renta tiene usted?

GRESFORD.- De siete a ocho mil libras al año.

LADY BRACKNELL.- *(Tomando nota en su cuadernito.)* ¿En tierras o en títulos?

GRESFORD.- Tengo una casa de campo, con una tierras anexas a ella; unas novecientas fanegas, creo pero mi verdadera renta no depende para nada de ellas.

LADY BRACKNELL.- ¿Una casa de campo? ¿Cuántas alcobas? Bueno; ya pondremos en claro este punto más adelante. Me figuro que también tendrá usted alguna casa propia en Londres, ¿verdad? Y puede usted suponer que una muchacha modesta de gustos sencillos, como Susana, no va a vivir en el campo.

GRESFORD.- Sí; también tengo una casa en plaza de Belgrave; pero la tengo alquilada a lady Bloxham. Claro que puedo disponer de ella, avisándola con seis meses de anticipación.

LADY BRACKNELL.- ¿Lady Bloxham? No la conozco.

GRESFORD. - ¡Oh!, sale muy poco. Es una señora muy entrada en años.

LADY BRACKNELL.- ¡Ah! Hoy día eso no es una garantía de respetabilidad. ¿Qué número de la plaza de Belgrave?

GRESFORD.- El 149.

LADY BRACKNELL.- (*Con un movimiento de cabeza.*) La acera que no está de moda. Me figuré que era algo. Sin embargo, esto podría remediarse fácilmente.

GRESFORD.- ¿El qué? ¿La moda o la acera?

LADY BRACKNELL.- (*Secamente.*) Ambas, si es preciso. ¿Qué es usted en la política?

GRESFORD.- La verdad, no lo sé a punto fijo. Pero supongamos que liberal- demócrata.

LADY BRACKNELL. - Bueno; pondremos conservador. Al fin y al cabo, viene a ser lo mismo. Pasemos ahora a detalles de menos importancia. Los padres de usted, ¿viven?

GRESFORD.- He perdido a ambos, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL. - Perder a uno de ellos, mister Gresford, puede pasar por una desgracia, pero perder a los dos, parece realmente una falta de cariño. ¿Qué era su padre de usted? Evidentemente, un hombre de cierta posición. Pero, ¿habría nacido en lo que los periódicos radicales llaman la púrpura del comercio, o provenía de la aristocracia?

GRESFORD.- La verdad es que no lo sé. Dije que había perdido a mis padres y, realmente, más exacto hubiera sido decir que mis padres me perdieron a mí... A estas fechas, no sé quién soy todavía... En una palabra: fui... sí, fui encontrado...

LADY BRACKNELL.- ¿Encontrado?

GRESFORD.- El difunto mister Thomas Morris, que era muy caritativo y de corazón bondadosísimo, me encontró y me dio el nombre de Gresford, simplemente porque en aquel momento tenía en el bolsillo un billete de primera clase para Gresford.

LADY BRACKNELL.- ¿Y dónde ese señor tan caritativo, que llevaba en el bolsillo un billete de primera clase para Gresford, le encontró a usted?

GRIESFORD.- (*Gravemente.*) ¡En una maleta!

LADY BRACKNELL.- ¿En una maleta?

GRESFORD.- (*Con la misma seriedad.*) Sí, lady Bracknell. En una maleta de cuero negro, bastante grande, con asas... En fin, una

maleta corriente.

LADY BRACKNELL.- ¿Y en qué sitio se encontró mister Morris esa maleta corriente?

GRESFORD.- En el guardarropa de la estación Victoria. Se la dieron equivocadamente por la suya.

LADY BRACKNELL.- ¿En el guardarropa de la estación Victoria?

GRESFORD.- Sí, línea de Brighton.

LADY BRACKNELL.- La línea es lo de menos, mister Gresford. Le confieso que eso que me dice usted me desconcierta bastante. Nacer, o por lo menos, ser criado en una maleta con asas o sin ellas, me parece demostrar un tal desprecio de todas las conveniencias de la vida de familia, que hace pensar en los peores excesos de la Revolución francesa. En cuanto al sitio en que fue encontrada la maleta, es muy posible que el guardarropa de una estación ferroviaria sirva para ocultar una... indiscreción social y, probablemente, ya antes de ahora ha servido; pero en modo alguno podría considerarse como una base estable para vivir en la buena sociedad.

GRESFORD. - Entonces, ¿qué me aconseja usted? No necesito decirle que estoy dispuesto a todo con tal de hacer la felicidad de Susana.

LADY BRACKNELL.- Pues le aconsejo, mister Gresford, que trate de adquirir lo antes posible algunos parientes presentables, y que haga un último esfuerzo para descubrir a su padre o a su madre - con uno basta- antes de que termine la estación.

GRESFORD.- Pues no sé cómo me las voy a arreglar. Yo. lo que puedo presentar en todo momento es la maleta. Encima de un ropero la tengo. Y me parece que podría usted muy bien darse por satisfecha, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL.- ¿Darme por satisfecha? ¿Qué está usted diciendo? ¡Supongo que no tendrá usted la pretensión de que vayamos a consentir en que nuestra hija única, educada con el mayor esmero, contraiga matrimonio con un equipaje! ¡Usted lo pase bien, mister Gresford! (*Sale con una majestuosa indignación.*)

GRESFORD.- ¡A los pies de usted! (*ARCHIBALDO, desde la habitación contigua, empieza a tocar la marcha nupcial.*) ¡Por amor de Dios, ten la bondad de no tocar ese aire fúnebre! ¡Cuidado que

eres estúpido! (*Cesa la música y aparece ARCHIBALDO, muy regocijado.*)

ARCHIBALDO.- Qué, ¿no salió todo a gusto tuyo, eh? ¿Te dijo que no Susana? ¡Me lo figuraba!

GRESFORD.- ¡Oh, con Susana va como una seda! Su madre es la que es absolutamente insoportable. En mi vida he encontrado una gorgona semejante. No estoy seguro de cómo son las gorgonas; pero no me cabe duda de que lady Bracknell es una. Por lo menos es un monstruo, sin ser un mito; lo que no está nada bien... ¡Dispensa, chico, no recordaba que era tu tía!...

ARCHIBALDO.- No, no. Si a mí me encanta oír hablar mal de mis parientes. Es lo único que me ayuda a soportarlos. Los parientes son un hatajo de gente absurda, que no tiene la más remota idea de cómo se debe vivir, ni el más leve instinto de cuándo deben morirse.

GRESFORD.- ¡Eso es una tontería!

ARCHIBALDO.- ¡No lo es!

GRESFORD. - Bueno; no vale la pena de discutirlo. (*Pausa corta.*) Oye, Archibaldo, ¿crees que dentro de unos años.... pongamos ciento cincuenta.... Susana se volverá como su madre?

ARCHIBALDO.- Todas las mujeres llegan a parecerse a sus madres. Esa es su tragedia.

GRESFORD.- Eso debe de ser muy agudo, ¿verdad?

ARCHIBALDO.- ¡Pues sí que lo es! Una frase muy bonita, y una observación muy inteligente.

GRESFORD.- Estoy harto de inteligencia. Hoy todo el mundo es inteligente. No puedes ir a ninguna parte sin encontrarte con personas inteligentes. La cosa ha llegado a convertirse en una verdadera calamidad pública. ¡Ojalá tuviésemos aún algunos tontos!

ARCHIBALDO.- ¡Y los tenemos!

GRESFORD.- Me gustaría conocerlos. ¿De qué hablan?

ARCHIBALDO. - ¿Pues de qué van a hablar? De las personas inteligentes.

GRESFORD.- ¡Tontos de remate!

ARCHIBALDO.- Oye, entre paréntesis, ¿le has dicho a Susana la verdad, que te llamas Ernesto en Londres y Juan en el campo?

GRESPORD.- (*Con aire protector.*) Hijo mío, la verdad no es cosa para dicha a una muchacha bonita, dulce, bien educada. ¡No tienes

la menor idea de cómo hay que tratar a las mujeres!

ARCHIBALDO. - ¡Bah!, la única manera de tratar a una mujer es hacerle el amor, si es bonita; o hacérselo a otra mujer, si es fea.

GRESFORD. - ¡Otra tontería!

ARCHIBALDO. - Bueno; tampoco lo vamos a discutir. ¿Y de tu hermano? ¿Qué le has dicho de ese calaverón de Ernesto?

GRESFORD.- ¡Oh!, antes de fin de semana pienso acabar con él. Diré que ha fallecido en París de una apoplejía. Todos los días se está muriendo gente de apoplejía, ¿verdad?

ARCHEBALDO.- Sí; pero la apoplejía es hereditaria. Harías mejor en decir de una pulmonía fulminante.

GRESFORD.- ¿Estás seguro de que las pulmonías fulminantes no son hereditarias?

ARCHIBALDO.- ¡Segurísimo!

GRESFORD. - Bueno; pues mi pobre hermano Ernesto ha fallecido de repente en París a consecuencia de una pulmonía fulminante. ¡Ya estoy libre de él!

ARCHIBALDO. - Pero... ¿no dijiste que miss Morris empezaba a interesarse demasiado por tu hermano Ernesto? Va a tener un disgusto.

GRESFORD.- ¡Bah!, eso no tiene importancia. Cecilia no es una niña romántica. Afortunadamente. Tiene un apetito magnífico, se da unos paseos tremendos y no presta la menor atención a sus estudios.

ARCHIBALDO.- ¡Me gustaría conocer a Cecilia!

GRESFORD.- Ya tendré yo buen cuidado de que no la conozcas. Es preciosa y acaba de cumplir los dieciocho años.

ARCHIBALDO.- ¿Le dijiste a Susana que tenías una pupila preciosa, que acababa de cumplir los dieciocho?

GRESFORD.- ¿Y a qué santo iba a decírselo? Cecilia y Susana serán seguramente grandes amigas. Te apuesto lo que quieras a que a la media hora de conocerse se llaman hermanas.

ARCHIBALDO.- Sí, eso es lo que hacen siempre las mujeres después que se han llamado otra porción de cosas. Ahora, hijo mío, si quieres que cojamos mesa en Willis, hay que ir a vestirse. Son cerca de las siete, y empiezo a tener apetito.

GRESFORD.- ¡Cuándo no tendrás tú apetito!

ARCHIBALDO.- ¿Qué te parece que hagamos después de cenar?
¿Ir al teatro?

GRESFORD. - ¡Oh, no! ¡No estoy con humor de oír nada!

ARCHIBALDO.- Al club, entonces.

GRESFORD. - Tampoco; no estoy con humor de hablar.

ARCHIBALDO. - ¡Pues tú dirás qué hacemos!

GRESFORD. - ¡Nada!

ARCHIBALDO.- Eso es demasiado difícil. Yo no me siento con fuerzas.

(*Entra ESTEBAN.*)

ESTEBAN. - ¡Miss Susana!

(*Entra SUSANA. Sale ESTEBAN.*)

SUSANA. - ¡Archi, ten la bondad de volverte de espaldas! Tengo que decir algo en particular a mister Gresford.

ARCHIBALDO. - La verdad, Susana.... no sé si debo...

SUSANA. - ¡Tú siempre echándotelas de inmoral! No eres bastante viejo para ello. (*ARCHIBALDO se retira hacia la chimenea.*)

GRESFORD.- ¡Mi querida Susana!

SUSANA. - ¡Ernesto, es posible que nunca seamos marido y mujer! La cara que sacaba mamá me lo hace temer. Son muy pocos los padres que hoy hacen caso de la opinión de sus hijos. El respeto que antiguamente se tenía a los jóvenes, casi ha desaparecido. Yo, si alguna influencia tuve sobre mamá, la perdí desde los tres años. Pero, aunque ella pueda impedirnos que lleguemos a ser marido y mujer y obligarme a que me case con otro, nada, nada podrá alterar el amor que siento por usted.

GRESFORD.- ¡Querida Susana!

SUSANA.- La historia tan romántica de su nacimiento, tal como me la ha contado mamá, con una porción de comentarios desagradables, me ha conmovido hasta lo más íntimo. Su nombre de pila tiene para mi un hechizo irresistible. La sencillez del carácter de usted me lo hace deliciosamente incomprensible. Tengo la dirección de usted en Londres. ¿Cuál es la del campo?

GRESFORD.- Manor House, Woolton Hertfordshire. (ARCHIBALDO, *que ha estado escuchando atentamente, toma nota de la dirección en un puño de la camisa. Luego, coge de una mesita una guía de ferrocarriles.*)

SUSANA.- Supongo que el servicio de correos será bueno, ¿verdad? No hay más remedio que hacer algún disparate. Claro que hay que pensarlo bien. Le escribiré a usted todos los días.

GRESFORD. - ¡Amor mío!

SUSANA. - ¿Hasta cuándo estará usted en Londres?

GRESFORD.- Hasta el lunes.

SUSANA. - Perfectamente. Archi, ya puedes volverte.

ARCHIBALDO. - Gracias; ya me he vuelto.

SUSANA.- Haz el favor de llamar al timbre.

GRESFORD.- ¿Me permite usted que la acompañe hasta el coche?

SUSANA. - Naturalmente.

GRESFORD.- (A ESTEBAN *que acaba de entrar.*) Yo acompañaré a la señorita.

(*Salen GRESFORD y SUSANA. ESTEBAN presenta a ARCHIBALDO varias cartas en una bandeja. Puede suponerse que son facturas, pues ARCHIBALDO, en cuanto lee los sobres las rompe*)

ARCHIBALDO. - Mañana, Esteban, voy a bunburyzar.

ESTEBAN.- Bien, señorito.

ARCHIBALDO. - Probablemente no estaré de vuelta hasta el lunes. Prepara el maletín de siempre, mete el *smoking*, un traje de *sport*.. En fin, lo de costumbre.

ESTEBAN. - Bien, señorito.

(*Entra GRESFORD. Sale ESTEBAN.*)

GRESFORD.- ¡Qué muchacha tan sensible, tan inteligente! La única muchacha que ha conseguido interesarme de veras. (ARCHIBALDO *empieza a reírse inmoderadamente.*) ¿Puede saberse qué es lo que te hace tanta gracia?

ARCHIBALDO.- ¡Oh, nada! Que estoy un poco inquieto a causa de ese pobre Bunbury.

GRESFORD.- Si no tienes cuidado, ya verás cómo el tal Bunbury acaba por meterte en algún mal paso.

ARCHIBALDO.- Me encantan los malos pasos. Son los únicos de que se sale bien.

GRESFORD.- Una tontería más. Te pasas la vida diciendo tonterías.

ARCHIBALDO. Como todo el mundo, hijo mío, como todo el mundo.

(GRESFORD *le lanza una mirada de indignación y sale.*

ARCHIBALDO *enciende un pitillo, se mira el puño de la camisa y sonríe.*)

ACTO SEGUNDO

Jardín de la quinta de mister Gresford. Una escalinata de piedra gris conduce a la casa. El jardín, un jardín a la antigua, aparece lleno de rosas. Mes de julio. Sillones de mimbre y una mesa atestada de libros, a la sombra de un tejo frondosísimo. Miss Prism, sentada delante de la mesa. Al fondo, Cecilia, regando las flores.

MISS PRISM. - (*Llamándola.*) ¡Cecilia! ¡Cecilia! ¿No le parece que esa ocupación tan utilitaria de regar las flores es más bien de incumbencia del jardinero? Sobre todo teniendo en cuenta los placeres intelectuales que están aguardándola a usted. Su gramática alemana está sobre la mesa. Tenga usted la bondad de abrirla por la página 15. Vamos a repetir la lección de ayer.

CECILIA. - (*Acercándose muy despacio.*) ¡Pero si a mí no me gusta el alemán! Es una lengua que no sienta bien a nadie. Estoy segura de que después de la lección de alemán parezco feísima.

MISS PRISM.- Hija mía, ya sabe usted el interés que tiene su tutor en que usted reciba una educación esmeradísima. Ayer, antes de marchar a Londres, me recomendó muy especialmente el alemán. Sí, cada vez que se marcha a Londres me recomienda con mucha insistencia la lección de alemán.

CECILIA. - ¡El querido tío Juan es tan serio! A veces está tan serio, que me parece que no debe de sentirse bien...

MISS PRISM.- Su tutor disfruta de una salud inmejorable, y su gravedad es tanto más digna de admiración si se tiene en cuenta su relativa juventud. No conozco a nadie con sentido más alto de la responsabilidad y del deber.

CECILIA. - ¡Ah! Esa debe de ser la causa de que muchas veces, cuando estamos juntos los tres, tenga esa cara de aburrimiento.

MISS PRISM. - ¡Cecilia! Me sorprende oírle hablar así. Mister Gresford tiene muchas cosas en qué pensar, y no puede entregarse a frivolidades ociosas. Piense usted en la constante preocupación de que es causa su hermano, ese desgraciado joven...

CECILIA.- El tío Juan debería permitir a ese desgraciado joven que viniese por aquí de cuando en cuando. Podríamos ejercer sobre él una benéfica influencia. Sí, estoy segura de que usted la ejercería, Miss Prism. Usted sabe alemán y geología, y esas cosas deben influir mucho sobre un hombre. (*Abre su diario y se pone a escribir en él.*)

MISS PRISM. - (*Meneando dubitativamente la cabeza.*) No creo que pudiera influir lo más mínimo en un carácter que, según dice su mismo hermano, es de una debilidad y de una inestabilidad irremediables. Ni me parece que, aun pudiendo, quisiera influir. Yo no apruebo esa manía moderna de convertir en buenas a las malas personas, en un abrir y cerrar de ojos. No; que cada cual coseche lo que sembró... Debería usted dejar ahora ese diario, Cecilia. Realmente, no veo la necesidad de que lleve usted un diario.

CECILIA.- Lo llevo para anotar los secretos maravillosos de mi vida. Si no los apuntara, es casi seguro que los olvidaría por completo.

MISS PRISM.- La memoria, mi querida Cecilia, es el diario que todos llevamos con nosotros.

CECILIA.- Sí; pero generalmente, no registra más que las cosas que no han sucedido nunca, ni podían suceder. Me parece que la memoria debe de ser la responsable de todas esas novelas que se escriben hoy día.

MISS PRISM.- No hable usted a la ligera de las novelas, Cecilia. ¡Ay! Yo también escribí una en mi juventud.

CECILIA.- ¿De verdad, miss Prism? ¡Cuidado que tiene usted talento! Supongo que no acabaría bien, ¿eh? Detesto las novelas que acaban bien. Me entristecen horriblemente.

MISS PRISM.- Los buenos acababan bien y los malos eran castigados. Así lo requiere siempre la fábula.

CECILIA.- ¿Sí? Pues es una injusticia. ¿Y publicó usted su novela?

MISS PRISM.- ¡Ay, no! Desgraciadamente, el manuscrito fue abandonado. (*CECILIA se estremece.*) Quiero decir que se extravió

y no fue posible recuperarlo. Bueno, hija mía; estas disquisiciones tienen muy poco que ver con los estudios de usted.

CECILIA. - (*Sonriendo.*) Pero por allí veo venir al reverendo Ascot.

MISS PRISM.- (*levantándose y avanzando.*) ¿El reverendo Ascot? ¡Qué alegría verle por aquí!

(*Entra el reverendo ASCOT.*)

ASCOT.- ¿Qué tal, qué tal vamos? Supongo que todos bien, ¿verdad, miss Prism?

CECILIA. - Precisamente miss Prism se quejaba, cuando llegó usted, de un poco de jaqueca. ¿Verdad que le sentaría bien dar una vueltecita con usted por el parque?

MISS PRISM.- ¡Pero, Cecilia, yo no he dicho una sola palabra de jaqueca!

CECILIA.- Sí, mi querida miss Prism; pero yo sé que tiene usted un poco de jaqueca. Como que antes de que llegara el reverendo no pensaba en otra cosa. Eso era justamente lo que no me dejaba prestar atención a la lección de alemán.

ASCOT.- Espero, Cecilia, que no será usted una niña desaplicada.

CECILIA. - ¡Ay, sí, señor, mucho lo temo!

ASCOT.- Es raro. Si yo tuviera la suerte de ser un discípulo de miss Prism, estaría siempre pendiente de sus labios.

MISS PRISM.- (*Ruborizándose y abriendo mucho los ojos.*) ¿Eh?

ASCOT.- Hablo metafóricamente. Una metáfora tomada de las abejas. ¡Jem!... ¿Y mister Gresford, no ha regresado todavía?

MISS PRISM.- No lo esperamos hasta el lunes por la tarde.

ASCOT.- ¡Ah, sí! Es verdad; no me acordaba que suele pasar los domingos en Londres. Mister Gresford no es uno de los hombres que sólo piensan en divertirse, como, según parece, es ese infortunado joven hermano suyo. Pero, en fin, no quiero distraer por más tiempo a Egeria y su discípula.

MISS PRISM.- ¿Egeria? Mi nombre es Leticia, mi reverendo.

ASCOT.- (*Haciendo una pequeña reverencia.*) Es una simple alusión clásica, tomada de los autores paganos. ¿Tendré el gusto de verla a usted esta tarde en la oración?

MISS PRISM.- ¿Y si diéramos ahora una vueltecita? Me parece, en efecto, que tengo un poco de jaqueca, y quizá un paseíto me sentase bien.

ASCOT.- ¡Encantado, miss Prism, encantado! Podemos ir hasta la escuela, y desde allí volver.

MISS PRISM.- Muy bien pensado. Usted, entretanto, Cecilia, me hará el favor de estudiar su lección de economía política. El capítulo sobre la baja de la rupia puede usted saltarlo. Es demasiado sensacional. Hasta estos problemas financieros tienen su parte melodramática. *(Se aleja por el jardín en compañía del reverendo ASCOT.)*

CECILIA. - *(Cerrando los libros y tirándolos sobre la mesa.)* ¡Al diablo la economía política! ¡Al diablo la geografía! ¡Al diablo el alemán!

(Entra ANSELMO con una tarjeta sobre una bandeja.)

ANSELMO. - Mister Ernesto Gresford acaba de llegar de la estación. Trae consigo el equipaje.

CECILIA. - *(Cogiendo la tarjeta y leyéndola.)* “Mister Ernesto Gresford, Albany, 4” ¡El hermano de tío Juan! ¿Le ha dicho usted que el señor estaba en Londres?

ANSELMO.- Sí, señorita. Y ha parecido muy contrariado. Le dije entonces que usted y miss Prism estaban en el jardín, y ha contestado que tenía mucho interés en hablar a solas con usted un momento.

CECILIA.- Dígale usted a mister Ernesto Gresford que pase aquí. Y me parece que no estaría de más que encargase al ama de llaves que fuesen preparando el cuarto.

ANSELMO. - Se hará lo que manda la señorita. *(Sale.)*

CECILIA. - ¡Ay! Todavía no he conocido a ningún mal sujeto de veras. Casi me siento asustada. ¿Y si se parece a todos los demás hombres? *(Entra ARCHIBALDO muy resuelto y satisfecho.)* ¡Y se parece!

ARCHIBALDO. - *(Descubriéndose.)* Usted es mi primita Cecilia, si no me equivoco.

CECILIA.- No, señor, no se equivoca usted. Aunque estoy bastante crecida para mi edad, soy su primita Cecilia. Usted, ya he visto por su tarjeta, que es el hermano de mi tío Juan, mi primo Ernesto, el perdido de mi primo Ernesto.

ARCHIBALDO. - ¿Perdido yo? No, no, prima Cecilia. No vaya usted a pensar que yo soy un perdido.

CECILIA.- Pues si no lo es, nos ha estado usted engañando a todos del modo más imperdonable. Supongo que no habrá usted llevado una doble existencia, echándose las de perdido y siendo luego una persona decente, ¿eh? Eso sería una hipocresía.

ARCHIBALDO.- (*Mirándola estupefacto.*) ¡Caramba, caramba!... Sí, la verdad es que he sido un poco aturdido.

CECILIA. - Celebro saberlo.

ARCHIBALDO.- Sí; ahora que me hace usted pensar en ello, comprendo que he sido una pequeña calamidad.

CECILIA.- No creo que sea un motivo para envanecerse; aunque, seguramente, debió de ser muy agradable para usted.

ARCHIBALDO. - Mucho más agradable es estar aquí con usted.

CECILIA.- Lo que no comprendo es por qué está usted aquí. El tío Juan no estará de regreso hasta el lunes por la tarde.

ARCHIBALDO. - ¡Qué contrariedad! Precisamente tengo que irme en el primer tren de la mañana del lunes. Tengo una cita de negocios que sentiría muchísimo... no perder.

CECILIA.- ¿Y no podría usted perderla en otro sitio que en Londres?

ARCHIBALDO.- No; la cita es en Londres.

CECILIA.- Sí, ya sé lo importante que es no acudir a una cita de negocios si se quiere conservar cierto sentido de la belleza de la vida; pero, no obstante, creo que haría usted mejor en aguardar al regreso del tío Juan. Sé que desea hablar con usted de su emigración.

ARCHIBALDO.- ¿De la emigración de quién?

CECILIA.- De quien va a ser; de usted. Ha ido a Londres a comprarle el equipo.

ARCHIBALDO.- ¿El equipo? Por nada del mundo le dejaría yo a Juan comprarme el equipo. Es de un gusto lamentable, sobre todo en cuestión de corbatas.

CECILIA.- ¿Y qué falta le van a usted a hacer las corbatas en Australia?

ARCHIBALDO. - ¿Australia? ¡Antes la muerte!

CECILIA.- Pues el otro día, el miércoles por la noche, dijo en la mesa que tendría usted que elegir entre el otro mundo y Australia.

ARCHIBALDO.- ¡Ah, no, no! Las noticias que he recibido de Australia y del otro mundo no son para animar a nadie. Me contento con este mundo, prima Cecilia; es bastante bueno para mí.

CECILIA.- Sí; pero y usted, ¿es bastante bueno para él?

ARCHIBALDO.- ¡Ay! Temo que no. Por eso quiero que usted me ayude a mejorar. Usted podría hacer de esto su misión en la tierra, prima Cecilia.

CECILIA. - Me parece que no me queda tiempo esta tarde.

ARCHIBALDO. - Bueno; ¿prefiere usted entonces que me mejore yo mismo?

CECILIA.- Un poco quijotesco sería; pero debía usted probar.

ARCHIBALDO. - Probaré. Ya me siento mejor.

CECILIA.- Pues tiene usted peor cara.

ARCHIBALDO. - Es que tengo hambre.

CECILIA. - ¡Qué cabeza la mía! ¡No haber pensado que cuando uno se dispone a emprender una vida completamente nueva se necesita una alimentación abundante y sana! ¿Quiere usted que entremos?

ARCHIBALDO. - Gracias. ¿Podría usted darme antes una flor para el ojal? Es condición indispensable de mi apetito la flor en el ojal.

CECILIA.- (*Cogiendo unas tijeras.*) ¿Una mariscal Niel?

ARCHIBALDO.- No; preferiría una rosada.

CECILIA. - (*Cortando una rosada.*) ¿Por qué?

ARCHIBALDO.- Porque parece usted una rosa rosada, prima Cecilia.

CECILIA.- No creo que esté bien que me hable usted así. Miss Prism jamás me dice esas cosas.

ARCHIBALDO. - Porque será vieja y miope. (*CECILIA le coloca la rosa en el ojal.*) Es usted la muchacha más bonita que he visto en mi vida.

CECILIA.- Miss Prism dice que la belleza es una celada.

ARCHIBALDO.- Una celada en que todo hombre sensato desearía caer.

CECILIA. - ¡Oh! A mí no me gustaría que cayese en la mía un hombre sensato. No sabría de qué *hablar con él.* (*Entran en la casa. Aparecen por un lado MISS PRISM y el reverendo ASCOT.*)

MISS PRISM.- Está usted demasiado solo, mi reverendo. Debería usted casarse. Pase que haya misántropos, ¡pero un mujerántropo!

ASCOT. - (*Con un estremecimiento de humanista.*) Crea, usted, miss Prism, que no merezco un neologismo semejante. Lo mismo el precepto que la práctica de la iglesia primitiva eran contrarios al matrimonio.

MISS PRISM.- (*Sentenciosamente.*) Esa es evidentemente la razón de que la iglesia primitiva no haya llegado hasta nuestros días. Y usted, amigo mío, parece no darse cuenta de que un hombre que se empeña en permanecer soltero acaba por convertirse en una verdadera tentación pública.

ASCOT.- ¿Pero es que un hombre casado no resulta tan tentador como un soltero?

MISS PRISM.- Ningún hombre casado resulta tentador, como no sea para su mujer.

ASCOT.- Y muchas veces, según me han dicho, ni siquiera para su mujer.

MISS PRISM. - Eso depende de la capacidad de simpatía intelectual que tenga la mujer. Por eso se debe escoger una mujer de edad madura en la que poder confiar, capaz de entenderle a uno. Las jóvenes siempre resultan verdes.

ASCOT. - (*Con un estremecimiento.*) ¿Cómo?

MISS PRISM.- Hablo metafóricamente. Una metáfora tomada de la horticultura. Pero ¿dónde estará Cecilia? (*Entra GRESFORD lentamente por el foro. Viene vestido de luto riguroso, con una gasa en el sombrero, y guantes negros.*) ¡Mister Gresford!

ASCOT.- ¿Mister Gresford?

MISS PRISM.- Esto es realmente una sorpresa. No le esperábamos a usted hasta el lunes por la tarde.

GRESFORD.- (*Estrechando la mano a Miss Prism con un ademán trágico.*) He vuelto antes de lo que esperaba. ¿Qué tal, mi reverendo, sigue usted bien?

ASCOT.- Espero, mister Gresford, que ese aire sombrío no significará ninguna desgracia...

GRESFORD.- ¡Mi hermano!

MISS PRISM.- ¿Alguna extravagancia? ¿Deudas?...

ASCOT.- ¿Siempre en su vida de disipación?

GRESFORD. - (*Sacudiendo la cabeza.*) ¡Ha muerto!

ASCOT.- ¿Que su hermano Ernesto ha muerto?

GRESFORD. - ¡Por completo!

MISS PRISM.- ¿Qué lección para él? Espero que le aprovechará.

ASCOT.- ¡Mi Más sincero pésame, mister Gresford! Le queda a usted por lo menos el consuelo de saber que fue usted el más generoso y solícito de los hermanos.

GRESFORD. - ¡Pobre Ernesto! Tenía muchos defectos, pero es un golpe tremendo.

ASCOT. - Realmente tremendo. ¿Asistió a sus últimos momentos?

GRESFORD.- No. Murió en el extranjero; en París. Lo supe anoche por un telegrama que me puso el director del Grand Hotel.

ASCOT.- ¿Decía la causa de la muerte?

GRESFORD.- Una pulmonía fulminante, según parece.

MISS PRISM.- Cada cual cosecha lo que siembra

ASCOT. - (*Levantando la mano.*) ¡Caridad, querida miss Prism, caridad! No hay nadie perfecto. Y mismo, por ejemplo, tengo una debilidad por el ajedrez. ¿Y el entierro, se verificará aquí?

GRESFORD.- No. Parece ser que manifestó expresamente su voluntad de ser enterrado en París.

ASCOT.- ¿En París? (*Meneando la cabeza.*) ¡A temo que esa disposición no sea buen indicio de su estado de ánimo en los últimos momentos! Sin duda usted querrá que en mi plática del domingo haga alguna ligera alusión a esta desgracia doméstica ¿verdad, mister Gresford? Cuente usted conmigo (*GRESFORD le estrecha la mano convulsivamente.*). Mi sermón sobre el sentido del maná en el desierto puede adaptarse a casi todas las situaciones, gozosas o, como en el caso actual, aflictivas. (*Suspiro general.*) Lo he pronunciado ya un sinnúmero de veces, en bautizos, confirmaciones, días de penitencia, días festivos... La última vez fue en la catedral como sermón de caridad, en favor de la Junta preventiva del descontento entre las clases altas. Al obispo, que estaba presente, le causaron gran impresión algunas de mis comparaciones.

GRESFORD. - ¡Ah, a propósito, ahora que recuerdo. Usted sabrá bautizar, ¿verdad, mi reverendo? (*reverendo ASCOT le mira con estupefacción.*) Quiero decir que usted bautiza muy a menudo, ¿no es eso?

MISS PRISM.- Siento decir que es uno de los más constantes deberes del reverendo en esta parroquia. Yo he intentado varias veces hablar de la cuestión a las clases necesitadas; pero todo ha sido inútil. No tienen la menor noción de lo que es la economía.

ASCOT.- Pero ¿se trata de algún niño que le interesa a usted particularmente, mister Gresford? Su hermano, si no me engaño, era soltero, ¿verdad?

GRESFORD. - ¡Sí, sí, soltero!

MISS PRISM. - (*Amargamente.*) Los hombres que no viven más que para divertirse suelen permanecer solteros.

GRESFORD.- Pero no se trata de ningún niño, mi reverendo. No; el caso es que esta misma tarde, si no tiene nada que hacer, desearía que me bautizase a mí.

ASCOT.- ¿Pero seguramente, mister Gresford, estará usted ya bautizado?

GRESFORD. - ¡La verdad, no recuerdo!

ASCOT.- Pero ¿es que tiene usted alguna duda respecto a ello?

GRESFORD.- Me parece que sí. Por lo menos no tengo la seguridad. Ahora usted me dirá si hay algo que me impida hacerlo. Acaso la edad...

ASCOT. - No, no, en absoluto. La aspersion y hasta la inmersión de los adultos es perfectamente canónica.

GRESFORD. - ¡La inmersión!

ASCOT. - ¡Oh, no se inquiete usted! Con la aspersion bastará. ¡El tiempo está tan inseguro! ¿A qué hora desea usted que tenga lugar la ceremonia?

GRESFORD.- A las cinco, si a usted le parece.

ASCOT.- ¡Perfectamente, perfectamente! (*Sacando el reloj.*) Ahora, mi querido mister Gresford, voy a dejarle a usted que llore su desgracia a solas. Sin embargo, no se deje abatir demasiado por el dolor. Lo que a veces se nos antojan pruebas durísimas son bendiciones disfrazadas.

MISS PRISM.- Ésta me parece a mí una bendición sin el menor disfraz.

(*Entra CECILIA, que viene de la casa.*)

CECILIA.- ¡Tío Juan! ¡Tío Juan! ¡Cuánto me alegro de que esté usted de vuelta! Pero ¡qué traje tan lúgubre se ha puesto usted! ¡Vaya usted a mudarse!

MISS PRISM.- ¡Cecilia!

ASCOT.- ¡Hija mía! ¡Hija mía! (CECILIA *se dirige hacia* GRESFORD. *Éste la besa melancólicamente en frente.*)

CECILIA.- ¿Qué ocurre, tío Juan? Vamos, ponga usted una cara más alegre. Parece como si tuviera usted dolor de muelas. ¡Si supiera usted la sorpresa que le aguarda! ¿Quién cree usted que está en el comedor? ¡Su hermano!

GRESFORD. - ¿Quién?

CECILIA.- Su hermano Ernesto. Hará media hora que llegó.

GRESFORD. - ¡Qué disparate! Yo no tengo ningún hermano.

CECILIA. - ¡Oh, no diga usted que no! Por mal que se haya portado con usted en el pasado, no por eso deja de ser su hermano. No es posible que tenga usted tan poco corazón que vaya a renegar de él. Voy a decirle que venga, y se reconciliarán ustedes verdad, tío Juan? (*Echa a correr hacia la casa.*)

ASCOT. - ¿Agradable sorpresa, eh?

MISS PRISM.- Después de habernos todos resignado a su pérdida, esa reaparición me parece desoladora.

GRESFORD.- ¿Que mi hermano está en el comedor? ¿Qué querrá decir todo esto? ¡Absurdo, absurdo! (*Entran ARCHIBALDO y CECILIA, cogidos de la mano, y avanzan muy despacio hacia GRESFORD.*) ¡Santo cielo! (*Se apresura a separar a ARCHIBALDO de CECILIA.*)

ARCHIBALDO. - Hermano Juan, he venido de Londres exclusivamente para decirte que estoy arrepentido de todas las molestias y disgustos que te he proporcionado y la decisión que he tomado de cambiar de género de vida en lo sucesivo. (GRESFORD *le mira con ojos furibundos, sin tomar la mano que ARCHIBALDO le tiende.*)

CECILIA.- ¡Tío Juan! No irá usted a rehusar la mano de su propio hermano.

GRESFORD. - ¡Por nada del mundo estrecharé esa mano! Su venida aquí me parece un insulto. ¡Él sabe de sobra por qué!

CECILIA. - ¡No sea usted rencoroso, tío Juan! Todo el mundo tiene alguna buena cualidad. Precisamente, Ernesto acaba de hablarme de un amigo suyo muy achacoso, el pobre Bunbury, a quien va a ver muy a menudo. Y no cabe duda de que algo bueno debe de haber en un hombre capaz de abandonar las diversiones de Londres para sentarse junto al lecho de un amigo enfermo.

GRESFORD. - ¡Ah! ¿Conque te ha estado hablando de Bunbury?

CECILIA.- Sí, me ha estado contando lo mal que está ese pobre señor.

GRESFORD.- ¡Bunbury! Bueno; pues de aquí en adelante te aseguro que no te hablará más de Bunbury ¡ni de nada!... ¡Es para volverse loco!

ARCHIBALDO. - (*Con acento grave y emocionado.*) Reconozco que todas las culpas son mías; pero debo confesar también que este desvío de mi querido hermano Juan me es particularmente penoso. Yo esperaba un recibimiento más efusivo, más cordial... Sobre todo, teniendo en cuenta que es la primera vez que yo vengo aquí.

CECILIA. - (*Con tono de autoridad.*) ¡Tío Juan, si no le da usted la mano inmediatamente a su hermano Ernesto, no se lo perdonaré en mi vida!

GRESFORD.- ¿Que no me perdonarás?

CECILIA. - ¡En la vida!

GRESFORD. - Bueno; es la última vez que lo hago. (*Le da la mano a ARCHIBALDO, mirándole con ojos centelleantes.*)

ASCOT. - ¡Qué agradable es ver una reconciliación tan perfecta!, ¿verdad? Creo que haríamos bien en dejar solos a los dos hermanos.

MISS PRISM. - Cecilia, tenga la bondad de acompañarnos.

CECILIA.- Con mucho gusto, miss Prism. Mi trabajo de reconciliación ha terminado.

ASCOT.- Ha llevado usted a cabo una acción muy hermosa, hija mía.

MISS PRISM.- No seamos prematuros en nuestros juicios. (*Salen todos, excepto GRESFORD y ARCHIBALDO.*)

GRESFORD. - (*Acercándose a ARCHIBALDO con aire amenazador.*) Oye, grandísimo fresco, vas a hacerme el favor de irte inmediatamente. ¡A bunburyzar a otra parte!

(*Entra ANSELMO.*)

ANSELMO.- He puesto las cosas del señorito Ernesto en la alcoba contigua a la del señor. ¿Está bien así?

GRESFORD.- ¿Qué?

ANSELMO.- Me refiero al equipaje del señorito Ernesto. Lo he desempaquetado todo y lo he puesto en la alcoba contigua a la del señor.

GRESFORD.- ¿Su equipaje?

ANSELMO.- Sí, señor. Tres maletas, un estuche tocador, dos sombreros y una cesta grande de merienda.

ARCHIBALDO.- Sí, creo que no podré estar con vosotros más de una semana.

GRESFORD.- Anselmo, que enganchen el coche inmediatamente. El señorito Ernesto ha recibido un aviso que le obliga a regresar esta misma tarde a Londres.

(*ANSELMO saluda y vase.*)

ARCHIBALDO. - ¡Cuidado que eres embustero, Juan Yo no he recibido ningún aviso.

GRESFORD.- Sí has recibido.

ARCHIBALDO. - Pues no me he enterado.

GRESFORD.- Tu deber de caballero te llama a Londres con urgencia.

ARCHIBALDO.- Mi deber de caballero nunca ha tenido nada que ver con mis diversiones.

GRESFORD.- Ya lo veo. No necesitas jurármelo.

ARCHIBALDO. - Además, Cecilia es preciosa.

GRESFORD.- ¡Te prohíbo que hables así de miss Morris! No me hace la menor gracia.

ARCHIBALDO. - Bueno; tampoco me hace gracia a mí ese traje absurdo que te has puesto. Te aseguro que estás de lo más ridículo. ¿Por qué no vas a mudarte? Resulta pueril estar de luto por un hombre que se va a pasar una semana en tu casa en calidad de huésped. Hasta grotesco resulta.

GRESFORD. - Puedes tener la seguridad de que no pasarás aquí una semana, ni mucho menos. En el tren de las cuatro y cinco sales para Londres.

ARCHIBALDO.- En manera alguna puedo irme dejándote de luto. Sería una falta de cariño. Me parece que si yo estuviera en tu lugar, tampoco tú te irías dejándome tan afligido, ¿verdad? Te aseguro que no estaría nada bien.

GRESFORD. - Bueno; ¿te irás si me cambio de traje?

ARCHIBALDO.- Sí, con tal de que no tardes demasiado. No conozco a nadie que tarde tanto en vestirse, y con tan escaso resultado.

GRESFORD.- Hijo mío, eres de una presunción ridícula. Y tu conducta conmigo es un insulto, y tu presencia en mi jardín, el colmo de lo absurdo. Vuelvo a repetirte que en el tren de las cuatro y cinco saldrás para Londres. ¡Buen viaje! Este bunburysmo, como tú dices, no ha sido un gran éxito que digamos. *(Entra en la casa.)*

ARCHIBALDO.- ¡Pues no sé qué más éxito iba a ser! ¡Me he enamorado de Cecilia, que era lo esencial! *(Entra CECILIA por el fondo del jardín. Coge la regadera y se pone a regar las flores.)* Pero es preciso que la vea antes de irme y que nos pongamos de acuerdo para otra excursión bunburysta. ¡Ah, aquí está!

CECILIA. - ¡Oh! No he venido más que a regar estas rosas. Creía que estaba usted con el tío Juan.

ARCHIBALDO.- Se ha ido a decir que enganchen el coche.

CECILIA.- ¡Ah! ¿Va a llevarle a usted a dar un vuelta?

ARCHIBALDO.- ¡Va a llevarme a la estación!

CECILIA.- ¿A la estación? Entonces, ¿vamos a tener que separarnos?

ARCHIBALDO.- Así parece. ¡Qué horrible separación!

CECILIA. - Siempre es penoso separarse de los amigos recientes. La ausencia de los antiguos puede sobrellevarse con cierta

ecuanimidad; pero la separación, por momentánea que sea, de una persona que se acaba de conocer, resulta casi insoportable.

ARCHIBALDO. - Gracias, prima Cecilia, gracias.

(*Entra ANSELMO.*)

ANSELMO.- El coche espera a la puerta, señorito.(ARCHIBALDO *lanza a CECILIA una mirada de súplica.*)

CECILIA.- Que espere, Anselmo..., cinco minuto (ANSELMO *saluda y vase.*)

ARCHIBALDO. - Espero, Cecilia, que no se ofender usted si le digo con toda franqueza y sin rodeos que me parece usted, por todos conceptos, la perfección absoluta en persona.

CECILIA.- Esa franqueza le honra a usted, Ernesto. Si no tiene usted inconveniente, voy a anotar en mi diario esa observación. (*Se dirige a la mesa pónese a escribir en el diario.*)

ARCHIBALDO.- ¿Cómo? ¿Lleva usted realmente un diario? Daría cualquier cosa por echarle una ojeada ¿Me lo permite usted?

CECILIA. - ¡Oh, no, de ningún modo! (*Tapando el cuaderno con la mano.*) Usted comprenderá que esto no es más que una relación de los pensamientos e impresiones de una muchacha y, como tal, destinado a la publicación. Espero que, cuando aparezca en volumen, comprará usted un ejemplar, ¿verdad? Pero tenga usted la bondad de proseguir, Ernesto. Me encanta escribir al dictado. Estábamos en lo de “perfección absoluta”. Puede usted continuar.

ARCHIBALDO. - ¡Jem! ¡Jem!

CECILIA. - ¡Oh, nada de toser, Ernesto! Cuando se dicta debe uno hablar de corrido y sin toser. Además, no sé cómo se escribe la tos. (*Va escribiendo a medida que habla ARCHIBALDO.*)

ARCHIBALDO. - (*Hablando muy de prisa.*) Cecilia, desde que vi por primera vez su maravillosa e incomparable belleza, me he atrevido a amarla a usted locamente, apasionadamente, desesperadamente.

CECILIA.- No creo que deba usted decirme que me ama locamente, apasionadamente, desesperadamente. ¿No le parece a usted que ese desesperadamente carece, por decirlo así, de sentido?

ARCHIBALDO. - ¡Cecilia!

(*Entra ANSELMO.*)

ANSELMO. - Señorito, el coche está preparado.

ARCHIBALDO. - Dígale usted que vuelva la semana próxima, a la misma hora.

ANSELMO. - (*Después de mirar a CECILIA, que permanece impassible.*) Muy bien, señorito.

CECILIA.- Me parece que al tío Juan no le hará mucha gracia saber que piensa usted quedarse hasta la semana próxima, a la misma hora.

ARCHIBALDO.- ¡Bah, me tiene sin cuidado Juan! Ya no me importa más ser en el mundo que usted. La adoro a usted, Cecilia. ¿Quiere usted ser mi mujer?

CECILIA. - ¡Tonto! ¡Pues claro que sí! ¡Como que hace tres meses que tenemos relaciones!

ARCHIBALDO. - ¿Tres meses?

CECILIA.- Sí, el jueves hará los tres meses justos.

ARCHIBALDO. - Pero... ¿y cómo es que hemos tenido relaciones?

CECILIA.- Pues muy sencillo. Desde que el tío Juan nos dijo que tenía un hermano que era un perdido, usted, como es natural, se convirtió en el tema de mis conversaciones con miss Prism. No hace falta decir que un hombre del que se habla tanto, acaba siempre por resultar atractivo. El caso es que, locura o no, me enamoré de usted, Ernesto.

ARCHIBALDO. - ¡Amor mío! ¿Y qué día empezaron nuestras relaciones?

CECILIA.- El 14 de febrero pasado fue cuando se declaró usted. Desesperada por la absoluta ignorancia en que estaba usted de mi existencia, decidí concluir de un modo o de otro, y después de una larga lucha conmigo misma, le dije a usted que sí debajo de este árbol. Al día siguiente compré este anillo en nombre de usted, y ésta es la pulsera que le prometí no quitarme nunca.

ARCHIBALDO.- ¿Y fui yo quien se la dio a usted?. Es muy bonita, ¿verdad?

CECILIA. - ¡Ah, si usted tiene muy buen gusto Ernesto! Yo, es la excusa que siempre he dado a la mala vida que llevaba usted. Y

aquí está la caja en que conservo todas sus cartas. (*Se arrodilla en la silla, abre la caja y enseña las cartas, atadas con un cinta azul.*)

ARCHIBALDO.- ¿Mis cartas? ¡Pero mi adorada Cecilia, si yo no le he escrito a usted ninguna carta.

CECILIA.- No necesita usted recordármelo, Ernesto. De sobra sé que me las he tenido que escribir yo misma. Tres veces por semana; sin contar las extraordinarias.

ARCHIBALDO.- ¿Me deja usted que las lea, Cecilia?

CECILIA. - ¡Imposible! Se volvería usted demasiado vanidoso. (*Volviendo a guardarlas en la caja.*) Las tres que me escribió usted después que reñimos son tan hermosas, y con tal mala ortografía, que hoy mismo no puedo leerlas sin llorar un poco.

ARCHIBALDO. - ¿Pero es que reñimos alguna vez?

CECILIA. - Naturalmente. El 22 de marzo. Aquí puede usted verlo, si quiere. (*Enseñándole el diario.*) “Hoy, ruptura de relaciones con Ernesto. Comprendo que es necesaria. El tiempo continúa hermosísimo.”

ARCHIBALDO. - Pero ¿por qué fue esa riña? ¿Qué había hecho yo? ¡Si yo no había dado el menor motivo! La verdad, Cecilia, me disgusta en extremo saber que reñimos. Sobre todo haciendo un tiempo tan hermoso.

CECILIA.- ¿Usted no sabe que no puede haber relaciones formales sin una riña, por lo menos? Pero yo le perdoné a usted antes de acabar la semana.

ARCHIBALDO.- (*Arrodillándose delante de CECILIA.*) ¡Es usted un ángel, Cecilia!

CECILIA. - ¡Y usted, qué romántico, Ernesto! (*ARCHIBALDO le besa una mano. Ella le acaricia los cabellos.*) Supongo que este ondulado será natural, ¿verdad?

ARCHIBALDO.- Sí, amor mío; con una pequeña ayuda ajena.

CECILIA. - ¡Cuánto me alegro!

ARCHIBALDO. - ¿Verdad que no volverá usted a romper nuestras relaciones, Cecilia?

CECILIA.- ¿A qué santo, ahora que nos hemos conocido?... Además, hay que tener en cuenta el nombre...

ARCHIBALDO.- ¿El nombre?

CECILIA.- No se ría usted de mí; pero el caso es que siempre fue mi sueño dorado tener un novio que se llamase Ernesto. (ARCHIBALDO se pone de pie.) No sé qué tiene este nombre, que me fascina. Todos los demás, a su lado, me parecen feos. Compadezco a las infelices cuyos maridos no se llaman Ernesto.

ARCHIBALDO. - Pero, querida Cecilia, ¿no querrá usted decir que no podría quererme si me llamas de otro modo?

CECILIA.- ¿Cómo? ¡A ver!

ARCHIBALDO. - ¡Qué sé yo!... Archibaldo, por ejemplo...

CECILIA. - ¿Archibaldo? ¡Qué horror!

Archibaldo. - Pues no sé, amor mío, qué tiene usted que objetar al nombre de Archibaldo. Es un nombre precioso, aristocrático, nada común. Sí, nada común. Y suena un poco a tiempos pasados. ¡Archibaldo!... Pero, en serio, Cecilia; si mi nombre fuera Archibaldo, ¿no podría usted seguir queriéndome?

CECILIA.- Podría respetarle a usted, Ernesto; podría admirar su carácter; pero quererle..., la verdad, creo que no me sería posible...

ARCHIBALDO. - ¡Jem! Cecilia (*Cogiendo su sombrero*), el párroco de aquí, supongo que estará al corriente de todas las prácticas y ceremonias de la iglesia, ¿verdad?...

CECILIA.- ¡Oh, el reverendo Ascot es un verdadero sabio! Figúrese que todavía no ha escrito ningún libro.

ARCHIBALDO. - Necesito verle enseguida. Se trata de un asunto importantísimo.

CECILIA.- ¿Sí?

ARCHIBALDO. - Dentro de media hora estoy de vuelta.

CECILIA. - Teniendo en cuenta que somos novio desde el 14 de febrero, y que acabo de conocerle no me parece demasiado tiempo media hora. ¿No podría usted reducirlo a veinte minutos?

ARCHIBALDO.- ¡Qué veinte minutos! ¡Vuelvo al instante! (*Da un beso a CECILIA Y se aleja corriendo por el jardín.*)

CECILIA. - ¡Qué impetuosidad! ¡Y qué pelo tan bonito tiene! Voy a apuntar su declaración en mi diario.

(*Entra ANSELMO.*)

ANSELMO.- Miss Bracknell pregunta por mister Gresford. Se trata de una cuestión de suma importancia, según parece.

CECILIA.- ¿No está mister Gresford en la biblioteca?

ANSELMO.- El señor salió hace un rato en dirección a la parroquia.

CECILIA. - Diga usted a esa señorita que pase aquí. Seguramente el señor no tardará en volver. Y sirva usted el té. (ANSELMO *saluda y vase.*) ¡Miss Bracknell! Sin duda una de esas señoras ancianas de Londres que se ocupan con el tío Juan en obras filantrópicas.

(*Entra ANSELMO.*)

ANSELMO. - ¡Miss Bracknell!

(*Entra SUSANA. Sale ANSELMO.*)

CECILIA.- (*Adelantándose hacia ella.*) Permítame usted que me presente yo misma: Cecilia Morris.

SUSANA. - ¿Cecilia Morris? (*Ambas se dan un apretón de manos.*) ¡Un nombre precioso! Presiento que vamos a ser grandes amigas. Me es usted extraordinariamente simpática. Yo nunca me engaño en mis primeras impresiones.

CECILIA.- Es usted muy amable en tenerme esa simpatía que dice, dado el poco tiempo, relativamente, que nos conocemos. Tenga usted la bondad de sentarse.

SUSANA.- (*Aún en pie.*) ¿No tiene usted inconveniente en que la llame Cecilia, verdad?

CECILIA. ¡Encantada!

SUSANA.- ¿Y usted me llamará siempre Susana no es cierto?

CECILIA.- Si usted quiere...

SUSANA. - Entonces, todo está ya arreglado, ¿no es eso?

CECILIA.- Así parece. (*Una pausa. Siéntanse a ambas, una junto a la otra.*)

SUSANA.- Quizá sea éste el momento de explicarle quién soy. Mi padre es lord Bracknell. Supongo que usted no habrá oído hablar nunca de él, ¿verdad?

CECILIA.- No creo...

SUSANA.- Fuera de la familia, papá es poco conocido. ¡Afortunadamente! El hogar es la verdadera esfera del hombre, ¿no le parece a usted?... Cecilia, mamá, que tiene respecto a educación ideas muy severas, me ha enseñado a ser sumamente corta de vista. Esto forma parte de su sistema. ¿Le molestaría a usted que la mirase con mis impertinentes?

CECILIA.- ¡Oh, en absoluto, Susana! A mí me agrada mucho que me miren.

SUSANA. - (*Después de examinar atentamente a CECILIA con sus impertinentes.*) Y qué, ¿ha venido usted aquí de visita, no es eso?

CECILIA.- No. Vivo aquí.

SUSANA. - (*Con cierta severidad.*) ¿De veras? Sin duda a su madre, o alguna parienta de edad, reside también aquí...

CECILIA. - ¡Oh, no! No tengo padre; ni, en realidad, ningún pariente.

SUSANA.- ¿Es posible?

CECILIA.- Mi querido tutor, con ayuda de mis Prism, es quien se ocupa de mí.

SUSANA. - ¿Su tutor?

CECILIA.- Sí, Mi tutor: mister Gresford.

SUSANA.- ¡Ah!, es raro que no haya dicho nunca que tenía una pupila. ¡Qué reservado! Por momentos se hace más interesante. Sin embargo, no creo que la noticia me regocije demasiado. (*Poniéndose en pie y acercándose más a ella.*) Mi querida Cecilia: me es usted extraordinariamente simpática; me lo fue usted desde el primer momento; pero debo confesar que ahora que sé que es usted pupila de mister Gresford, no me desagradaría que fuese usted un poco menos joven... y de apariencia menos atractiva. Realmente, si puedo expresarme con franqueza...

CECILIA.- ¡No faltaba más! Siempre que se tiene algo desagradable que decir, debe uno hablar con franqueza.

SUSANA.- Bueno; pues para hablar con toda franqueza, Cecilia, no me desagradaría que tuviese usted cuarenta y dos cumplidos, y fuera más fea de lo que se suele ser a esa edad. Ernesto tiene un espíritu muy recto. Es la verdad y el honor personificados. La infidelidad le sería tan imposible como la desilusión. Pero hasta los caracteres más nobles y honrados son sensibles a los encantos físicos. La historia moderna, lo mismo que la antigua, nos ofrece una

porción de lamentables ejemplos de lo que digo. Como que si no fuera así, la Historia resultaría completamente ilegible.

CECILIA.- Usted perdone, Susana. ¿Dijo usted Ernesto?

SUSANA. Sí.

CECILIA. ¡Ah!; pero mi tutor no es mister Ernesto Gresford, sino su hermano..., su hermano mayor.

SUSANA. - (*Sentándose de nuevo.*) ¡Ernesto nunca me ha dicho que tuviera hermano!

CECILIA.- Siento decir que durante mucho tiempo no han estado en buenas relaciones.

SUSANA. - ¡Ah, eso lo explica todo! Me ha quitado usted un peso de encima, Cecilia. Estaba ya preocupada. Hubiera sido terrible que una amistad como la nuestra se empañase, ¿verdad?... Entonces.... ¿está usted segura, completamente segura, de que su tutor no es mister Ernesto Gresford?

CECILIA. ¡Segurísima! (*Una pausa.*) Como que más bien me parece que voy a ser yo su tutora.

SUSANA.- ¿Cómo ha dicho usted?

CECILIA. - (*Un tanto tímida y confidencialmente*) Mi querida Susana: yo no quiero tener secretos para usted. Seguramente el periódico de la localidad dé la noticia uno de estos días. Mister Ernesto Gresford y yo somos novios y nos casaremos muy en breve.

SUSANA. - (*Muy cortésmente, levantándose.*) querida Cecilia: aquí debe de haber algún pequeño error. Mister Gresford ha pedido mi mano. La noticia aparecerá en el Morning Post del sábado, a más tardar.

CECILIA. – (*Levantándose también, y también con gran cortesía.*) Temo que esté usted equivocada, Susana. Ernesto se me ha declarado hace diez minutos justos. (*Enseña el diario.*)

SUSANA.- (*Examina con atención el diario a través de sus impertinentes.*) No cabe duda que es curioso. Ayer tarde, a las cinco y media en punto, me preguntó a mí si quería ser su mujer. Si quiere usted asegurarse del hecho, puede examinar mi diario (*Sacándolo de su bolso de mano.*) Siempre viajo con él. Para leer en el tren hacen falta cosas muy emocionantes. Lo siento mucho, querida Cecilia, si es que supone para usted algún disgusto; pero como usted ve, mi derecho es anterior.

CECILIA. - También a mí me apenaría infinito querida Susana, causarle algún trastorno físico o moral; pero me veo obligada a observar que desde que Ernesto se declaró a usted, pudo muy bien haber cambiado de idea.

SUSANA.- (*Con aire reflexivo.*) Si el pobre se dejado coger en la trampa de una promesa, hecha inconsideradamente, mi deber es sacarle de ella con mano firme.

CECILIA.- (*Pensativa y melancólicamente.*) Sea cuales sean los disparates que el desdichado haya podido cometer antes, yo nunca se los echaré en cara después de casados.

SUSANA.- ¿Se refiere a mí en eso de disparates, miss Morris? La encuentro a usted muy atrevida. En una ocasión como ésta es más que un deber decir lo que se piensa; es un gusto.

CECILIA. - ¿Quiere usted decir que yo he cogido en una trampa a Ernesto, miss Bracknell? ¿Cómo es posible que se atreva usted?... Sí; no es éste el momento de andarse con miramientos. Yo acostumbro a llamar a las cosas por su nombre.

SUSANA. - (*Sarcásticamente.*) ¿Ah, sí? No cabe duda que pertenecemos a esferas sociales muy distintas. (*Entra ANSELMO, seguido de otro criado, con una bandeja, un mantel y velador. CECILIA está a punto de contestar a SUSANA; pero la presencia de los domésticos ejerce una influencia moderadora, que hace palidecer de rabia a ambas muchachas.*)

ANSELMO.- ¿Se sirve el té como de costumbre, señorita?

CECILIA.- (*Secamente, con voz reposada.*) Sí, como de costumbre. (*ANSELMO empieza a desembarazar la mesa para poner el mantel. Pausa larga. CECILIA y SUSANA se dirigen una a otra miradas iracundas.*)

SUSANA.- ¿Hay muchas excursiones bonitas por estos alrededores, miss Morris?

CECILIA.- ¡Muchísimas! Desde arriba de uno de los montes se pueden ver cinco provincias.

SUSANA. - ¿Cinco provincias? ¡Qué horror! Detesto las multitudes.

CECILIA. - (*Dulcemente.*) Por eso, sin duda, vive usted en Londres. (*SUSANA Se muerde los labios y se da unos golpecitos en el pie con la sombrilla.*)

SUSANA. - (*Mirando en torno suyo.*) ¡Qué jardín tan bien cuidado, miss Morris!

CECILIA.- ¿Usted encuentra?...

SUSANA.- No tenía idea de que hubiese flores en el campo.

CECILIA. - ¡Oh! Las flores son aquí tan corriente como la gente en Londres... ¿Quiere usted una taza de té, miss Bracknell?

SUSANA. - (*Con una finura exagerada.*) ¡Mucha gracias! (*Aparte.*) ¡Odiosa muchacha! ¡Pero me muero de debilidad!

CECILIA. - (*Con mucha dulzura.*) ¿Azúcar?

SUSANA. - (*Con cierta superioridad.*) No, gracias el azúcar no está ya de moda. (*CECILIA le dirige una mirada de ira, coge las pinzas y pone cuatro terrones de azúcar en la taza.*)

CECILIA.- (*Secamente.*) ¿Cake, o pan con mantequilla?

SUSANA. - (*Como asombrada de la pregunta.*) Pan con mantequilla, si usted gusta. El cake no se ve ya en ninguna casa elegante.

CECILIA.- (*Cortando una rebanada de cake y poniéndola en el plato de SUSANA. A ANSELMO.*) Pase usted esto a miss Bracknell. (*ANSELMO lo hace y se retira, seguido del otro criado. SUSANA prueba el té y hace una mueca. Deja inmediatamente la taza sobre la mesa y extiende la mano en busca del pan con mantequilla; pero se encuentra con que es cake. Levántase toda indignada.*)

SUSANA.- Me ha llenado usted la taza de terrones de azúcar y, a pesar de haber pedido, sin que hubiera lugar a dudas, pan con mantequilla, me ha servido usted cake. Todo el mundo conoce mi buen carácter y mi paciencia; pero le advierto, miss Morris, que va usted demasiado lejos.

CECILIA. - (*Levantándose.*) Por salvar a mi pobre Ernesto, tan confiado y tan inocente, de las maquinaciones de otra muchacha, me siento capaz de ir todo lo lejos que sea preciso.

SUSANA.- Desde el primer momento desconfié de usted. Presentí lo enredadora y lo intrigante que es usted. ¡Ah, yo nunca me engaño en mis primeras impresiones!

CECILIA.- Me parece, miss Bracknell, que le estoy robando un tiempo precioso. Sin duda tiene usted otras muchas visitas del mismo género que hacer en la vecindad. (*Entra GRESFORD.*)

SUSANA.- (*Al verle.*) ¡Ernesto! ¡Mi Ernesto!

GRESFORD.- ¡Susana! ¡Amor mío! (*Se dispone a besarla.*)

SUSANA.- (*Dando un paso atrás.*) ¡Un momento! ¿Puedo preguntarle a usted si es verdad que tiene relaciones con esta señorita? (*Señalando a CECILIA.*)

GRESFORD.- (*Echándose a reír.*) ¿Con Cecilia? ¡Qué he de tener! ¿Quién puede haberle metido a usted esa idea en su preciosa cabecita?

SUSANA.- ¡Gracias! Ya puede usted besar. (*Ofreciéndole la mejilla.*)

CECILIA.- Ya suponía yo que estaba usted equivocada, miss Bracknell. El caballero que en este momento la tiene a usted cogida del talle es mi querido tutor, mister Juan Gresford.

SUSANA.- ¿Cómo ha dicho usted?

CECILIA.- Que es el tío Juan.

SUSANA. - (*Retrocediendo.*) ¡Juan! ¡Oh!

(*Entra ARCHIBALDO.*)

ARCHIBALDO. - (*Yendo derecho hacia CECILIA, Sin reparar en los demás.*) ¡Amor mío! (*Pretende darte un beso.*)

CECILIA.- (*Dando un paso atrás.*) ¡Un momento, Ernesto! ¿Puedo preguntarle a usted si es verdad que tiene relaciones con esta señorita?

ARCHIBALDO.- (*Mirando a su alrededor.*) ¿Qué señorita? ¡Santo cielo! ¡Susana!

CECILIA.- Sí. sí; a Susana me refiero.

ARCHIBALDO.- (*Echándose a reír.*) ¡Qué he de tener! ¿Quién puede haberle metido a usted esa idea en su preciosa cabecita?

CECILIA.- (*Presentándole la mejilla.*) Ya puede usted besar. (*ARCHIBALDO la besa.*)

SUSANA.- Ya sabía yo que debía haber algún error. Miss Morris, el caballero que en este momento la besa a usted es mi primo Archibaldo Moncrieff.

CECILIA. - (*Separándose bruscamente de ARCHIBALDO.*) ¡Archibaldo! ¡Oh! (*Ambas muchachas se dirigen una hacia la otra, y cógense del talle como buscando protección.*) ¿Se llama Archibaldo?

ARCHIBALDO.- No puedo negarlo.

CECILIA. - ¡Oh!

SUSANA.- Y usted, ¿se llama Juan de verdad?

GRESFORD.- (*Irguiéndose con cierta altivez.*) podría negarlo si quisiera. Yo me siento capaz de negarlo todo. Pero reconozco que me llamo Juan, que Juan me he llamado durante una porción años.

CECILIA.- (A SUSANA.) ¡A ambas nos han engañado miserablemente!

SUSANA. - ¡Mi pobre Cecilia!

CECILIA. - ¡Mi desventurada Susana!

SUSANA.- (*Despacio y con mucha gravedad*) ¿Me considerará usted como una hermana, verdad (*Abrázanse ambas. GRESFORD y ARCHIBALDO pasean de arriba abajo, murmurando entre dientes.*)

CECILIA. - (*Como si acabara de ocurrírsele una idea.*) Pero se me ocurre una pregunta, que desearía hacer a mi tutor si éste me lo permite.

SUSANA. - La adivino. ¡Excelente idea! Mister Gresford, le agradeceríamos a usted se sirviera contestar a una pregunta. ¿Dónde está su hermano Ernesto? Ambas hemos dado palabra de casamiento a su hermano; así que nos interesa saber dónde se encuentra actualmente su hermano Ernesto.

GRESFORD. - (*Lentamente y con tono inseguro.*) Susana... Cecilia... Es muy duro verme obligado a decir la verdad. Es la primera vez en mi vida que me he visto en un trance tan penoso y, realmente, me falta práctica. No obstante, les diré a ustedes con toda sinceridad que no tengo ningún hermano Ernesto, que no tengo ningún hermano, y que no tengo la menor intención de tenerlo en lo futuro.

CECILIA.- (*Asombrada.*) ¿Ningún hermano?

GRESFORD. - (*Alegremente.*) Ninguno.

SUSANA.- Veo, Cecilia, que ni usted ni yo hemos dado palabra de casamiento a nadie.

CECILIA.- ¡Qué situación tan poco agradable para una muchacha, Susana!

SUSANA.- Vamos adentro. No creo que tengan la audacia de seguirnos.

CECILIA. - ¡Qué han de tener! Los hombres son todos unos cobardes, ¿no? (*Entran ambas en la casa con aire desdeñoso.*)

GRESFORD.- ¿Y esto es, sin duda, lo que tú llamas bunburyzar?

ARCHIBALDO.- Sí, señor. Y bunburyzar por todo lo alto. Como que estoy por decirte que ha sido la más brillante de mis excursiones bunburystas.

GRESFORD.- ¡Pero aquí me parece que no tienes el menor derecho a bunburyzar!

ARCHIBALDO.- Eso es un absurdo. Uno tiene derecho a bunburyzar donde le da la gana. Todo verdadero bunburysta lo sabe.

GRESFORD. - Bueno; la única pequeña satisfacción que me queda de todo este lío en que nos has metido es que tu amigo Bunbury ha quebrado. ¡Ya no podrás hacer más escapatorias al campo, hijo mío!

ARCHIBALDO. - Pues me parece que tu hermano tampoco está muy lucido, ¿eh? ¡Ya no podrás marcharte a Londres de bureo con tanta frecuencia!

GRESFORD.- Por lo que respecta a tu conducta con miss Morris, debo decirte que me parece indigno abusar de ese modo de una muchacha inocente, sencilla y candorosa. Eso, sin contar que es mi pupila.

ARCHIBALDO.- Yo tampoco veo excusa que justifique el que hayas engañado a una muchacha tan inteligente, tan instruida y con tanta experiencia de la vida como miss Bracknell. Eso, sin contar que es mi prima.

GRESFORD.- Yo quería casarme con Susana. ¡La amo!

ARCHIBALDO. – Como yo me quería casar con Cecilia. ¡La adoro!

GRESFORD.- No creo que haya la menor probabilidad de que te cases con miss Morris.

ARCHIBALDO. – Como yo veo sumamente problemático tu casamiento con miss Bracknell.

GRESFORD.- ¡Bueno; eso a ti no te importa!

ARCHIBALDO.- Si me importara no hablaría de ello. (*Empieza a comer pastelitos de crema de un plato que hay sobre la mesa.*)

GRESIPORD.- No comprendo cómo, después de lo ocurrido, puedes estar ahí, tan satisfecho, comiendo tranquilamente pasteles. ¡Cuando te digo que eres un pedrusco!

ARCHIBALDO. - Hijo mío, los pastelitos de crema no pueden comerse con agitación. Correría el riesgo de mancharme de crema los puños. Los pasteles se deben comer siempre con tranquilidad. Te aseguro que no hay otro modo de comerlos.

GRESFORD. - Quiero decir que se necesita no tener corazón para ponerse a comer pasteles en estas circunstancias.

ARCHIBALDO. - Cuando estoy afligido, lo único que me consuela es comer. Sí; todo el mundo que me conozca íntimamente podrá decirte que cuando tengo algún disgusto grande, me niego a todo, menos a comer y beber. Ahora me he puesto a comer estos pastelillos de crema porque me siento triste. Además, estos pastelillos están riquísimos. *(Pónese en pie.)*

GRESFORD. - *(Poniéndose también en pie.)* Pero eso no es una razón para que te los comas todos. *(Quitándole a ARCHIBALDO el plato de pastelillos.)*

ARCHIBALDO.- *(Ofreciéndole el plato de plumcake.)* Aquí tienes tú el cake. A mí no me gusta el cake.

GRESFORD. - ¿Pero es que no va uno a poder comer pasteles en su propia casa?

ARCHIBALDO.- ¿Pero no decías tú que se necesitaba no tener corazón para ponerse a comer pasteles en estas circunstancias? *(Vuelve a apoderarse del plato de pastelillos.)*

GRESFORD.- Pero ¿cuándo demonios acabarás de irte ?

ARCHIBALDO.- No tendrás la pretensión de que me vaya sin cenar. Sería absurdo. Yo nunca me voy sin cenar. Ni nadie; como no sea un vegetariano. Además, que a las cinco y media tengo que ir a la parroquia a que me bauticen con el nombre de Ernesto. Ya he hablado con el reverendo Ascot.

GRESFORD.- Hijo mío, cuanto antes desistas de ese disparate, mejor. Esta mañana he quedado con el reverendo Ascot en ir a bautizarme a las cinco, y como es natural, me impondrán el nombre de Ernesto. ¡Susana se empeña! Y ya comprenderás que no nos van a poner a los dos el nombre de Ernesto. Sería absurdo. Sin contar con que yo estoy en mi perfecto derecho al bautizarme. No hay la menor seguridad de que me haya bautizado nunca. Es más: yo casi tengo la certidumbre de lo contrario; y el reverendo Ascot opina como yo. Tu caso es muy distinto. A ti te han bautizado.

ARCHIBALDO.- Sí, pero hace muchos años que no me bautizo.

GRESFORD.- ¿Y qué tiene que ver? El caso es que tú ya estás bautizado; y eso es lo esencial.

ARCHIBALDO.- De acuerdo. Por eso sé que mi naturaleza puede soportarlo. Tú, si no estás completamente seguro de haber sido bautizado alguna vez harías bien en no aventurarte a hacerlo ahora. Sería casi una imprudencia, y podría sentarte mal. No debes olvidar que esta misma semana un pariente tuyo muy cercano ha estado a punto de morirse de una pulmonía fulminante en París.

GRESFORD.- Sí; pero tú mismo me dijiste que la pulmonías fulminantes no son hereditarias.

ARCHIBALDO.- No lo eran antes. Pero ahora me atrevo a asegurar que lo son. La ciencia progresa de un modo maravilloso.

GRESFORD. - (*Cogiendo el plato de los pastelillos.*) ¡Otro disparate! ¡No dices más que disparates!

ARCHIBALDO. - ¿Otra vez los pastelillos? Tenga la bondad de dejarlos en paz. No quedan más que dos (*Se apodera de ellos.*) Ya te dije que estaban riquísimos y que los pastelillos de crema son mi flaco.

GRESFORD. - ¡Sí, pero a mí no me gusta el cake!

ARCHIBALDO. - Pues entonces, ¿por qué demonio permites que sirvan cake a tus invitados? ¡Qué idea tan singular de la hospitalidad!

GRESFORD.- ¡Archibaldo! Ya te he dicho que te vayas. No quiero que estés aquí un minuto más ¿Cuándo acabarás por irte?

ARCHIBALDO.- ¡Pero si aún no he acabado de tomar el té! Además, todavía quedan dos pastelillos (*JUAN se deja caer, gimiendo, en un sillón. ARCHIBALDO continúa comiendo.*)

ACTO TERCERO

Gabinete en la casa de campo de Gresford. Susana y Cecilia junto a la ventana, mirando el jardín.

SUSANA.- El hecho de no habernos seguido inmediatamente, como hubiese hecho cualquiera, prueba que todavía les queda cierto sentido del pudor.

CECILIA.- Han estado tomando el té. Eso ya parece un síntoma de arrepentimiento.

SUSANA. – *(Después de un momento de silencio.)* Parece como si no se acordasen ya de nosotras. ¿No podría usted toser un poco?

CECILIA. - ¡Pero si no estoy acatarrada!

SUSANA. - ¡Nos miran! ¡Habrás visto desvergüenza!

CECILIA.- Vienen hacia aquí. ¡Qué atrevimiento!

SUSANA. - Guardemos un silencio lleno de dignidad.

CECILIA. - Naturalmente. Es lo mejor que podemos hacer.

(Entra GRESFORD, seguido de ARCHIBALDO. - Ambos vienen tarareando un aire de opereta.)

SUSANA.- Este silencio lleno de dignidad no parece surtir un buen efecto.

CECILIA. - Pésimo.

SUSANA. - Pero no seremos las primeras en hablar.

CECILIA. - Claro que no.

SUSANA.- Mister Gresford, tengo algo que preguntarle a usted. De lo que usted me conteste depende muchas cosas.

CECILIA. - ¡Qué inteligente es usted, Susana! Mister Moncrieff, tenga usted la bondad de contestarme a una pregunta. ¿Por qué

causa quiso usted hacerse pasar por hermano de mi tutor?

ARCHIBALDO. - Pues por tener ocasión de conocerla a usted.

CECILIA.- (A SUSANA.) La explicación parece satisfactoria, ¿verdad?

SUSANA. - Sí, querida; si puede usted darle crédito.

CECILIA.- ¡Qué he de darle! Pero eso no disminuye lo admirable de su respuesta.

SUSANA.- Cierto. En cuestiones de esta importancia, el estilo y no la sinceridad es lo esencial. Mister Gresford, ¿qué explicación puede usted darme de la existencia de ese supuesto hermano? ¿Lo inventó usted por tener ocasión de venir a verme a Londres con más frecuencia?

GRESFORD. - ¿Puede usted dudarle, Susana?

SUSANA. - ¡Hum! Tengo mis dudas. Pero espero disiparlas. No es éste momento para escepticismo (*Dirigiéndose hacia CECILIA.*) Sus explicaciones parecen realmente satisfactorias, sobre todo la de mister Gresford, ¿verdad, Cecilia?

CECILIA.- Yo me siento más satisfecha con lo que me dijo mister Moncrieff. ¡Sólo su voz inspira ya una confianza absoluta!

SUSANA. - Entonces, ¿cree usted que debemos perdonarles?

CECILIA.- Sí, no veo inconveniente.

SUSANA.- ¿De veras? Yo ya he perdonado. Claro que hay que participárselo con mucho tacto. ¿Cuál de las dos le parece a usted que lleve la voz cantante? La comisión tiene poco de agradable.

CECILIA.- ¿No podríamos hablar las dos a la vez?.

SUSANA. - ¡Excelente idea! Yo casi siempre hablo al mismo tiempo que los demás. Bueno; yo daré la entrada.

CECILIA. - ¡Muy bien! (*SUSANA lleva el compás con el dedo.*)

SUSANA Y CECILIA. - (*Hablando a una.*) Los nombres de pila de ustedes continúan siendo una barrera infranqueable. ¡Eso es todo!

GRESFORD Y ARCHIBALDO. - (*Hablando a una.*) ¿Nuestros nombres de pila? ¡Pero si nos van a bautizar esta tarde!

SUSANA.- (A GRESFORD.) ¿Y va usted a hacer por mí esa cosa terrible?

GRESFORD.- Voy.

CECILIA.- (A ARCHIBALDO.) Para complacerme, ¿está usted decidido a sufrir tan tremenda prueba?

ARCHIBALDO.- Estoy.

SUSANA.- Ahora comprendo lo absurdo que es hablar de la igualdad de los sexos. Tratándose de sacrificios, los hombres nos son infinitamente superiores.

GRESFORD.- Lo somos. (ARCHIBALDO y él se dan un apretón de manos.)

CECILIA.- Tienen momentos de valor físico que nosotras, las mujeres, desconocemos.

SUSANA. - (A GRESFORD.) ¡Amor mío!

ARCHIBALDO.- (A CECILIA.) ¡Amor mío! (Caen unos en brazos de otros. Entra ANSELMO. Al entrar y ver la situación, tose fuerte.)

ANSELMO. - ¡Jem! ¡Jem! ¡Lady Bracknell!

GRESFORD. - ¡Santo cielo!

(Entra LADY BRACKNELL, separándose asustadas las parejas.
Sale ANSELMO.)

LADY BRACKNELL.- ¡Susana! ¿Qué significa esto?

SUSANA.- Pues, simplemente, que mister Gresford y yo nos hemos dado palabra de casamiento, mamá.

LADY BRACKNELL.- Ven aquí. Siéntate. ¡Siéntate Inmediatamente! (Volviéndose hacia GRESFORD.) Caballero: en cuanto supe la fuga súbita de mi hija por su doncella de confianza, cuya confianza compré con un puñado de calderilla, me lancé en su persecución, y no vacilé en tomar un tren de mercancías. Su pobre padre no sabe nada, afortunadamente; me propongo no sacarle de su ignorancia. Realmente yo nunca le he sacado de ninguna de sus ignorancias; y no hay motivo ahora para hacer una excepción. Pero no creo necesario decirle a usted que estoy decidida, absolutamente decidida, a que desde este momento quede cortada toda relación entre usted y mi hija.

GRESFORD. - ¡He dado palabra de casamiento a Susana, lady Bracknell!

LADY BRACKNELL. - ¡COMO si no la hubiera dado!. Ahora, por lo que respecta a Archibaldo. ¡Archibaldo!

ARCHIBALDO.- ¿Qué, tía Augusta?

LADY BRACKNELL. - ¿Puedo preguntarte si es aquí donde vive tu desdichado amigo mister Bunbury?

ARCHIBALDO.- (*Tartamudeando.*) ¡Oh ¡Oh! Bunbury no vive aquí. ¡Qué ha de vivir! En realidad Bunbury ha muerto.

LADY BRACKNELL. - ¿Muerto? ¿Y cuándo murió mister Bunbury? Su muerte debió de ser extraordinariamente repentina.

ARCHIBALDO. - (*Distraídamente.*) ¡Oh, le maté esta misma tarde! Es decir, se murió esta misma tarde. ¡Pobre Bunbury!

LADY BRACKNELL.- ¿Y de qué murió?

ARCHIBALDO.- ¿Bunbury? ¡Oh, reventó!

LADY BRACKNELL. - ¿Reventó? ¿Es que ha sido víctima de algún atentado revolucionario? No sabía que mister Bunbury se ocupase de cuestiones sociales. En ese caso, bien castigado está.

ARCHIBALDO. - Querida tía Augusta, lo que quise decir es que le desenmascararon. Los médicos dictaminaron que Bunbury no podía vivir.... Bunbury se murió.

LADY BRACKNELL.- Me parece que ha pecado de exceso de confianza en la opinión de los médicos. Pero, en fin, menos mal que tuvo un rasgo de firmeza y se decidió a acabar con todas aquellas indecisiones, siguiendo una orden facultativa. Bueno; y ahora que ya estamos libres de ese mister Bunbury, ¿quiere usted decirme, mister Gresford, quién es esa personita cuya mano conserva entre las suyas mi sobrino Archibaldo, a mi juicio innecesariamente?

GRESFORD.- Esta señorita es miss Cecilia Morris, mi pupila. (*LADY BRACKNELL le hace una inclinación de cabeza bastante fría.*)

ARCHIBALDO.- He dado la palabra de casamiento a Cecilia, tía Augusta.

LADY BRACKNELL. - (*Se estremece, y dirigiéndose hacia el sofá, se sienta en él.*) No sé qué tiene el aire de esta comarca; pero me parece que el número de las palabras de casamiento excede del que señalan las estadísticas. Sin embargo, no estará de más un pequeño interrogatorio. ¿Quiere usted suministrarme algunos datos sobre esta señorita, mister Gresford ?

GRESFORD.- (*Con voz clara y fría.*) Miss Morris es nieta del difunto mister Thomas Morris, domiciliado en Londres, plaza del Belgrave, 149, propietario y rentista.

LADY BRACKNELL.- ¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué más?

GRESFORD.- (*Ya con cierta irritación.*) Y tengo en mi poder, a la disposición de usted, sus certificados de nacimiento, bautizo, tos ferina, inscripción lo en el Registro Civil, vacuna, confirmación y escarlatina.

LADY BRACKNELL.- ¡Ah! Una vida muy accidentada, según veo. Demasiado para una muchacha tan joven. Yo no soy partidaria de las experiencias prematuras. (*Se levanta y mira la hora de su reloj.*) Susana, se acerca la hora del tren. No podemos perder un minuto. Y aunque sea pura fórmula, mister Gresford, ¿puede usted decirme si miss Morris tiene alguna fortuna?

GRESFORD.- ¡Oh, unas ciento treinta mil libra esterlinas en papel del Estado! Nada más. Buena tardes, lady Bracknell. Encantado de haberla visto.

LADY BRACKNELL.- (*Sentándose de nuevo.*) U momento, mister Gresford. ¡Ciento treinta mi libras! ¡Y en papel del Estado! Ahora que la veo mejor, miss Morris me parece una muchacha muy interesante. Pocas son hoy las muchachas que tiene cualidades realmente sólidas, de esas cualidades que duran y hasta se mejoran con el tiempo. ¡Ay!, vivimos en una época en que todo es superficial. (*A CECILIA.*) ¡Acérquese usted, querida! (*CECILIA se acerca.*) ¡Preciosa! Pero se viste usted con una sencillez deplorable, y su pelo parece tal como lo dejó la naturaleza. Claro que esto es "peccata minuta", y puede arreglarse pronto. Una buena doncella hace milagros en poquísimo tiempo. Me acuerdo de haber recomendado una a lady Lancing, tan extraordinaria, que a cabo de tres meses ni su mismo marido la conocía.

GRESFORD. - Y a los seis no la conocía nadie.

LADY BRACKNELL.- (*Lanza una mirada colérica* GRESFORD. *Luego se inclina, con una sonrisa bien estudiada, hacia CECILIA.*) Tenga usted la bondad de volverse, hija mía. (*CECILIA da una vuelta completa hasta quedar de espaldas a ella.*) No, no, de lado nada más. (*CECILIA da media vuelta.*) Perfectamente; es lo que yo esperaba. Hay muchas posibilidades mundanas en el perfil de usted. Los dos puntos flacos de nuestra época son su falta de principios y su falta de perfil. La barbilla un poco más alta, querida. La distinción depende en gran parte de la manera de llevar la barbilla. Hoy día se llevan muy altas. ¡Archibaldo!

ARCHIBALDO.- ¿Qué, tía Augusta?

LADY BRACKNELL. - Hay muchas posibilidades mundanas en el perfil de miss Morris.

ARCHIBALDO. - Cecilia es la muchacha más buena y más bonita del mundo entero, y esas posibilidades mundanas me importan un bledo, tía Augusta.

LADY BRACKNELL. - ¡Ay!, no vayas a hablar mal ahora de la sociedad, Archibaldo. Eso no lo hace más que la gente que no tiene acceso a ella. (A CECILIA.) Supongo, hija mía, que sabrá que Archibaldo no cuenta más que con sus deudas. Pero yo no apruebo los matrimonios por interés. Cuando me casé con lord Bracknell, yo no llevaba un céntimo. Pero ni por un instante se me ocurrió que esto pudiera ser un obstáculo. Bueno; en vista de todo ello me parece que debo dar mi consentimiento.

ARCHIBALDO. - Gracias, tía Augusta.

LADY BRACKNELL. - Cecilia, puede usted darme un beso.

CECILIA.- (*Besando a LADY BRACKNELL.*) Gracias, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL. - Puede usted también llamarme tía Augusta de aquí en adelante.

CECILIA. - Gracias, tía Augusta.

LADY BRACKNELL.- La boda, opino que cuanto antes se celebre, mejor.

ARCHIBALDO. - Gracias, tía Augusta.

CECILIA. - Gracias, tía Augusta.

LADY BRACKNELL. - Hablando con franqueza: yo no soy partidaria de las relaciones largas. Dan ocasión a que los novios se conozcan demasiado bien antes de casarse, cosa que nunca es prudente.

GRESFORD. - Usted dispense que la interrumpa, lady Bracknell; pero no hay por qué hablar de casamiento. Yo soy el tutor de miss Morris, y ésta no puede casarse sin mi consentimiento hasta su mayor edad. Y ese consentimiento me niego terminantemente a darlo.

LADY BRACKNELL.- ¿Y por qué causa, si puede saberse? Archibaldo es un partido extremadamente aceptable. No tiene nada, pero aparenta mucho. ¿Qué más puede desearse?

GRESFORD. - Siento mucho tener que hablarle a usted francamente de su sobrino, lady Bracknell; pero el caso es que no

me agrada lo más mínimo su manera de ser. Tengo sospechas muy fundadas de que es un impostor. (ARCHIBALDO Y CECILIA *le miran con indignación y asombro.*)

LADY BRACKNELL. - ¿Impostor? ¿Mi sobrino Archibaldo? ¡Imposible! ¡Si es un alumno de Oxford!

GRESFORD.- Temo que no haya lugar a dudas respecto a ello. Esta tarde, aprovechando mi estancia temporal en Londres, donde me reclamaba un importante asunto sentimental, logró introducirse en esta casa fingiendo ser mi hermano. Usando un nombre supuesto, se bebió como acaba de comunicarme mi mayordomo, una botella de mi "Chateau- Laffite", del 89; un vino que yo reservaba especialmente para mí. Luego, por si fuera poco, consiguió en su *raid* de esta tarde enajenarme el afecto de mi única pupila. Y no contento con esto, se quedó a tomar el té, y devoró todos los pastelillos de crema. Y lo que hace su conducta más odiosa es que él sabía perfectamente, desde un comienzo que yo no tengo ningún hermano, ni lo he tenido nunca, ni pienso tenerlo. Ayer mismo, por la tarde, tuve el gusto de declarárselo así.

LADY BRACKNELL.- ¡Jem!... Bueno, mister Gresford; pensándolo bien, he decidido no tomar en cuenta la conducta de mi sobrino con usted.

GRESFORD.- Es usted muy generosa, lady Bracknell; pero mi decisión también es irrevocable. Me niego a dar el consentimiento.

LADY BRACKNELL. - (A CECILIA.) Venga usted aquí, hija mía. (CECILIA *se aproxima.*) ¿Qué edad tiene usted?

CECILIA.- En realidad, tengo dieciocho años; pero cuando voy a alguna reunión declaro veinte.

LADY BRACKNELL.- Hace usted muy bien en hacer esa pequeña alteración. Por otra parte, una mujer no debe decir nunca exactamente su edad. Eso da siempre un aire de mujer calculadora... (Como *reflexionando para sí.*) Dieciocho.... pero declarando veinte en las reuniones... Bueno; no falta mucho para que llegue a la mayor edad y se vea libre de las trabas de la tutela. De manera que, al fin y al cabo, el consentimiento de su tutor no es de importancia capital.

GRESFORD.- Usted me dispensará, lady Bracknell, si la interrumpo otra vez; pero me creo en la obligación de prevenirle que, con

arreglo al testamento de su abuelo, miss Morris no será mayor de edad, legalmente, hasta los treinta y cinco.

LADY BRACKNELL. - Tampoco me parece una grave objeción. Treinta y cinco años es una edad muy atractiva. La buena sociedad londinense está llena de señoras distinguidísimas que, por su propia voluntad, se han quedado en los treinta y cinco. Lady Lumbleton, por ejemplo, que yo sepa, tiene treinta y cinco desde que llegó a los cuarenta, hace ya bastantes años. No veo razón alguna para que Cecilia no esté todavía más atractiva que ahora, si cabe, a la edad que usted dice. Y las rentas, mientras tanto, habrán ido capitalizándose.

CECILIA. - Archibaldo, ¿podría usted esperarme hasta que cumpliera los treinta y cinco?

CHIBALDO. - ¡Claro que sí, Cecilia! Bien lo sabe usted.

CECILIA.- Sí, lo presentía. Pero a mí no me sería posible esperar tanto tiempo. Me molesta muchísimo esperar, aunque sólo sea cinco minutos. No sabe usted del humor que me pongo; no es que yo sea muy puntual muy puntual; pero me gusta la puntualidad en los demás. Con que, tratándose de casamiento, figúrese usted.

ARCHIBALDO.- ¿Qué hacemos entonces, Cecilia?

CECILIA.- No sé. Usted verá, mister Moncrieff.

LADY BRACKNELL.- Mí querido mister Gresford: como miss Morris declara que no le sería posible esperar hasta los treinta y cinco años, declaración que, entre paréntesis, diré que me parece mostrar un carácter bastante impaciente, le ruego a usted que vuelva sobre su decisión y la revoque.

GRESFORD.- Mi querida lady Bracknell: de usted depende todo. En el momento en que usted consienta en mi boda con Susana, Yo tendré mucho gusto en que su sobrino contraiga alianza con mi pupila.

LADY BRACKNELL. - (*Levantándose y disponiéndose a partir.*) Ya comprenderá usted que su proposición es completamente inadmisibile.

GRESFORD. - ¡Entonces, un celibato apasionado es a lo más que podemos aspirar los cuatro!

LADY BRACKNELL.- No es ése el destino que yo espero para Susana. En cuanto a Archibaldo, allá él. Que haga lo que mejor le

parezca. (*Saca el reloj.*) Vamos, querida. Ya hemos perdido lo menos cinco trenes.

(*Entra el reverendo ASCOT.*)

ASCOT.- Todo está ya dispuesto para los bautizos.

LADY BRACKNELL. - ¿Para los bautizos? ¿No será algo prematuro?

ASCOT.- Estos caballeros han expresado su deseo de ser bautizados inmediatamente.

LADY BRACKNELL.- ¿A su edad? La ocurrencia no puede ser más grotesca ni más impía. ¡Archibaldo, te prohíbo terminantemente que te bautices! ¡Que no vuelva yo a oír hablar de semejantes excesos! Lord Bracknell tendría un disgusto si llegase a enterarse de cómo pierdes el tiempo y el dinero.

ASCOT.- ¿Eso quiere decir que no hay bautizos esta tarde?

GRESFORD.- No creo que, tal como están las cosas, nos sirvan de mucho, mi reverendo.

ASCOT.- Me sorprende oírle decir a usted eso, mister Gresford. ¿Irá usted a caer ahora en el error de los anabaptistas? ¡Tenga usted mucho cuidado con esos heréticos! Si usted quiere, le prestaré cuatro de mis sermones inéditos en que refuto sus doctrinas y las reduzco a la nada. Por lo pronto, y en vista de que el espíritu de ustedes parece poco atento, a la salud del alma, me volveré a la iglesia. Precisamente acaba de decirme un acólito que hace hora y media que está aguardándome miss Prism en la sacristía.

LADY BRACKNELL.- ¿Miss Prism? ¿Ha dicho usted miss Prism?

ASCOT.- Sí, señora. En su busca voy.

LADY BRACKNELL. - Permítame usted que le detenga un instante. Se trata de una cuestión que puede ser de la mayor importancia para mí y para lord Bracknell. Esa miss Prism, ¿no es una mujer de aspecto repelente, vagamente relacionada con la enseñanza?

ASCOT. - (*Con indignación contenida.*) Miss Prism es una dama cultísima y la imagen misma de la respetabilidad.

LADY BRACKNELL.- ¡Sí, sí, la misma, no me cabe duda! ¿Y podría usted decirme qué... situación ocupa en casa de usted?

ASCOT. - (*Severamente.*) ¡Señora, soy soltero!

GRESFORD. - (*Interviniendo.*) Miss Prism, lady Bracknell, es, desde hace tres años, la institutriz y compañera de miss Morris.

LADY BRACKNELL.- Bueno; a pesar de todo, es preciso que yo la vea. Envíela usted a buscar enseguida.

ASCOT.- (*Mirando por la ventana.*) Justamente, aquí viene.

(*Entra MISS PRISM apresuradamente.*)

MISS PRISM.- Me dijeron que me esperaba usted en la sacristía, mi querido reverendo, y allí he estado aguardándole una hora y tres cuartos. (*En este momento echa de ver a LADY BRACKNELL, clava en ella una mirada fría como el mármol. MISS PRISM palidece y está a punto de desmayarse. Mira en torno suyo anhelosamente, como buscando salida.*)

LADY BRACKNELL. - (*Con voz severa y judicial.*) ¡Prism! (MISS PRISM *baja la cabeza anonadada.*) ¡Venga usted aquí, Prism! (MISS PRISM *se acerca humildemente.*) ¡Prism! ¿Dónde está el niño? (*Consternación general. El reverendo ASCOT da un paso atrás, estremecido de horror. ARCHIBALDO y GRESFORD aparentan querer impedir que CECILIA y SUSANA oigan los detalles de algún terrible y escandaloso suceso.*), Hace veintiocho años, Prism, que salió usted de casa de lord Bracknell, calle Grosvenor, número 104, al cuidado de un cochecito de mano que contenía un niño. ¡Salió usted, y no volvió a aparecer! Pocas semanas más tarde, después de muchas indagaciones y pesquisas de la policía, se descubrió el cochecito abandonado en un rincón desierto de los alrededores, y conteniendo el manuscrito de una novela en tres tomos, de un sentimentalismo más que repugnante. (MISS PRISM *se estremece con una voluntaria indignación.*) Pero del niño, ¡ni rastro! (*Todos fijan la vista en MISS PRISM.*) ¡Prism! ¿Dónde está el niño? (*Pausa.*)

MISS PRISM.- ¡Lady Bracknell, tengo que confesar que no lo sé! ¡Ojalá lo supiera! He aquí los hechos, tal como ocurrieron: la mañana del día que usted dice, día aciago, inscrito con letras de fuego en mi memoria, me dispuse, como de costumbre, a sacar al niño en su cochecito. Llevaba también conmigo un maletín un poco usado, pero bastante capaz y todavía en buen estado, en el que

pensaba guardar el manuscrito de una obra literaria del género novelesco, que había escrito en mis escasas horas de ocio. Pues bien; en un momento de distracción mental, que nunca podré perdonarme, puse el manuscrito en el coche y guardé al niño en el maletín.

GRESFORD. - (*Que la ha escuchado con mucha atención.*) Pero ¿dónde dejó usted la maleta?

MISS PRISM.- ¡Ay, no me lo pregunte usted, mister Gresford!

GRESFORD.- Miss Prism, se trata de una cuestión de suma importancia para mí. Insisto en saber dónde dejó usted la maleta que contenía al niño.

MISS PRISM.- La dejé en el guardarropa de una de las estaciones en Londres.

GRESFORD.- ¿Qué estación? ¡Pronto!

MISS PRISM. - (*Aniquilada.*) En la estación Victoria, línea de Brighton. (*Cae desplomada en una silla.*)

GRESFORD. - Ustedes me permitirán que me ausente un momento. Tengo que subir a mi cuarto. Espéreme usted aquí, Susana.

SUSANA.- Si no tarda usted mucho, le esperaré aquí toda la vida.

(*Sale GRESFORD muy agitado.*)

ASCOT.- ¿Que piensa usted de todo esto, lady Bracknell?

LADY BRACKNELL.- No me atrevo a sospecharlo, mi reverendo. Creo inútil decir a usted que en las grandes familias no se admite la posibilidad de coincidencias extrañas. (*Se oyen ruidos encima, como de baúles removidos violentamente. Todos miran hacia el techo.*)

CECILIA. - ¡Qué agitado parece el tío Juan!

ASCOT. - Su tutor tiene un temperamento muy impresionable.

LADY BRACKNELL.- ¡Qué ruido tan desagradable ¡Si irá a encontrar algún argumento! ¡Detesto todos los argumentos! Son siempre vulgares, y a menudo convincentes.

ASCOT.- (*Mirando hacia arriba.*) Ya ha cesado. (*Renuévase, más fuerte, el ruido.*)

LADY BRACKNELL.- Si es que ha de llegar a alguna conclusión, cuanto antes mejor.

SUSANA.- ¡Esta incertidumbre es espantosa! ¡Espero que se prolongará!

(*Entra GRESFORD con un maletín de cuero negro en la mano.*)

GRESFORD.- (*Precipitándose hacia MISS PRISM.*)

¿Es éste el maletín, miss Prism? Examínelo usted cuidadosamente antes de hablar. La felicidad de más de una vida depende de su respuesta.

MISS PRISM. - (*Sosegadamente.*) Sí, parece el mío. Sí, aquí está el arañazo que sufrió en uno de mis viajes. Y aquí la quemadura que le produjo la explosión de un termo. Y aquí, en la cerradura, mis iniciales. Sí, no cabe duda que es mi maletín. Y me alegro mucho de recuperarlo de un modo tan inesperado. Lo he echado de menos todos estos años.

GRESFORD. - (*En tono patético.*) ¡Miss Prism, algo más que el maletín recupera usted! ¡Yo soy el niño que guardó usted dentro!

MISS PRISM. - (*Estupefacta.*) ¿Usted?

GRESFORD. - (*Abrazándola*) ¡Sí..., madre!

MISS PRISM. - (*Retrocediendo indignada y sorprendida.*) ¡Mister Gresford, soy soltera!

GRESFORD.- ¿Soltera?... Sí; es un golpe un poco rudo, lo confieso. Pero, después de todo, ¿quién tiene derecho a tirar la piedra al que ha sufrido? ¿No puede acaso el arrepentimiento rescatar un momento de locura? ¿Por qué va a haber una ley para los hombres y otra para las mujeres? ¡Madre, yo la perdono a usted! (*Trata de abrazarla de nuevo.*)

MISS PRISM.- (*Todavía más indignada.*) ¡Mister Gresford, padece usted un error! (*Señalando a LADY BRACKNELL.*) Esta señora podrá decirle quién es usted realmente.

GRESFORD. - (*Después de una pequeña pausa.*) Lady Bracknell, no quisiera parecer curioso; pero ¿querría usted tener la amabilidad de decirme quién soy?

LADY BRACKNELL. - No creo que la noticia que voy a darle sea completamente de su agrado. Usted es el hijo de mi pobre hermana Carolina, casada con mister Moncrieff y, por tanto, el hermano mayor de Archibaldo.

GRESFORD.- ¿El hermano mayor de Archibaldo? Entonces resulta que, después de todo, es verdad que tengo un hermano. ¡Ya sabía yo que tenía un hermano! ¡Siempre lo dije! ¿Cómo pudiste tú nunca dudar, Cecilia, de que tuviera un hermano? (*Cogiendo de la mano a ARCHIBALDO.*) Reverendo Ascot, miss Prism, Susana, aquí tienen ustedes a mi desdichado hermano. (*A ARCHIBALDO.*) ¡Y tú, bandido, a ver si me respetas más en lo sucesivo! ¡Nunca te has portado conmigo como un hermano!

ARCHIBALDO.- Es verdad, lo confieso. ¡Qué quieres! Yo lo hacía lo mejor que podía; pero me faltaba práctica. (*Le da un abrazo.*)

SUSANA.- (*A GRESFORD.*) ¡Amor mío! Pero ¿cómo se llama usted? ¿Cuál es su nombre de pila, ahora que no es usted quien era?

GRESFORD. - ¡Es verdad!... Lo había olvidado. La decisión de usted respecto a mi nombre, ¿continúa siendo irrevocable?

SUSANA.- Yo no cambio nunca, como no sea mis afectos.

CECILIA.- ¡Qué naturaleza tan noble la de usted Susana!

GRESFORD. - Entonces, hay que poner en claro la cuestión inmediatamente. Un instante, tía Augusta ¿Recuerda usted el nombre que me pusieron? Diga usted la verdad, sin compasión; estoy dispuesto a todo.

LADY BRACKNELL. - Siendo, como era usted, primer hijo, es de suponer que le pusieran el nombre del padre.

GRESFORD.- (*Impaciente.*) Sí; pero ¿cuál era el nombre de mi padre?

LADY BRACKNELL. - (*Reflexionando.*) En este momento, por más que hago, no puedo acordarme cómo se llamaba el general. Pero no cabe duda que se llamaba de algún modo. Aunque era basta excéntrico. Sí; pero esto fue sólo en los últimos años a consecuencia, según parece, del clima de la India, del matrimonio, del estómago y de otras causas por el estilo.

GRESFORD.- Archi, ¿recordarías tú cómo se llamaba nuestro padre?

ARCHIBALDO. - Hijo, no nos dirigimos nunca la palabra. Se murió antes de cumplir yo un año.

GRESFORD.- (*Después de reflexionar un momento.*) ¡Ah, se me ocurre una idea! Consultar un anuario militar de la época. ¿No le

parece a usted, Augusta?

LADY BRACKNELL.- El general era un hombre esencialmente de paz, excepto en su vida doméstica pero sí, seguramente se encontrará su nombre algún en anuario militar.

GRESFORD.- Ahí están los de los últimos cuarenta años. ¡Ah, esos interesantes registros deberían haber sido mi lectura continua! (*Se precipita hacia la estantería y saca de ella febrilmente unos cuantos volúmenes. Hojeando uno de ellos.*) M... General... Mallam, Maxbohin, Magley... ¡Qué nombrecitos! ... Markby, Migsby, Mobbs, ¡Moncrieff! Teniente en 1840, capitán, teniente coronel, coronel, general en 1869; nombre de pila: ¡Ernesto Juan! (*Vuelve a poner el libro en su sitio y habla muy reposadamente.*) ¿No le dije yo a usted que me llamaba Ernesto, Susana? ¡Pues Ernesto me llamo! Ya lo ven ustedes.

LADY BRACKNELL.- Sí, ahora recuerdo que el general se llamaba Ernesto. Ya sabía yo que por algo me gustaba ese nombre.

SUSANA. - ¡Ernesto! ¡Mi Ernesto! ¡Desde el primer momento comprendí que no podía llamarse de otro modo!

GRESFORD.- ¡Ay, Susana, es terrible para un hombre ver de pronto que se ha pasado toda la vida no diciendo más que la pura verdad! ¿Me perdonas?

SUSANA.- Te perdono, porque sé que te corregirás.

GRESFORD. - ¡Amor mío!

ASCOT.- (A MISS PRISM.) ¡Leticia! (*La abraza.*)

MISS PRISM. - (*Con entusiasmo.*), ¡Federico! ¡Al fin!

ARCHIBALDO.- ¡Cecilia! (*La abraza.*) ¡Al fin!

GRESFORD. - ¡Susana! (*La abraza*) ¡Al fin!

LADY BRACKNELL. - Sobrino, me parece que empiezas a dar muestra de poca formalidad.

GRESFORD.- Al contrario, tía Augusta; por primera vez en mi vida he comprendido la importancia de ser formal... y de llamarse Ernesto.